CUADERNOS
historia 16

Los incas

C. Bravo Guerreira y Luis de Usera



49

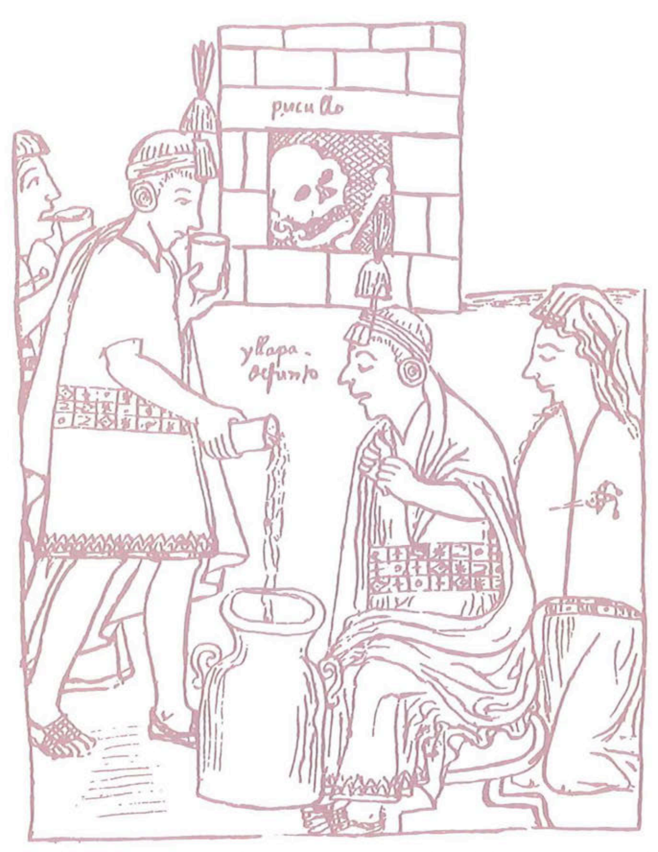
140 ptas

CUADERNOS historia 16

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.
DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.
DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.
DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Asunción Doménech y Manuel Longares.
COLABORACION ESPECIAL: José M.ª Solé Mariño.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.º 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Barcelona: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: 218 50 16 y 218 50 66.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfs.: 268 04 03 - 02.
DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.
PUBLICIDAD MADRID: Adriana González. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Cataluña: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: (93) 237 70 00, 237 66 50 ó 218 50 16.
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avda. del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Tel. (94) 435 77 86.
IMPRIME: Raycar, S. A. Matilde Hernández, 27. 28019 Madrid.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avda. Valdelaparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-7679-016-3. Tomo V
Depósito legal: M. 41.536.—1985.



Escena de tratamiento medicinal entre los incas, según dibujo de Poma de Ayala

Indice

LOS INCAS



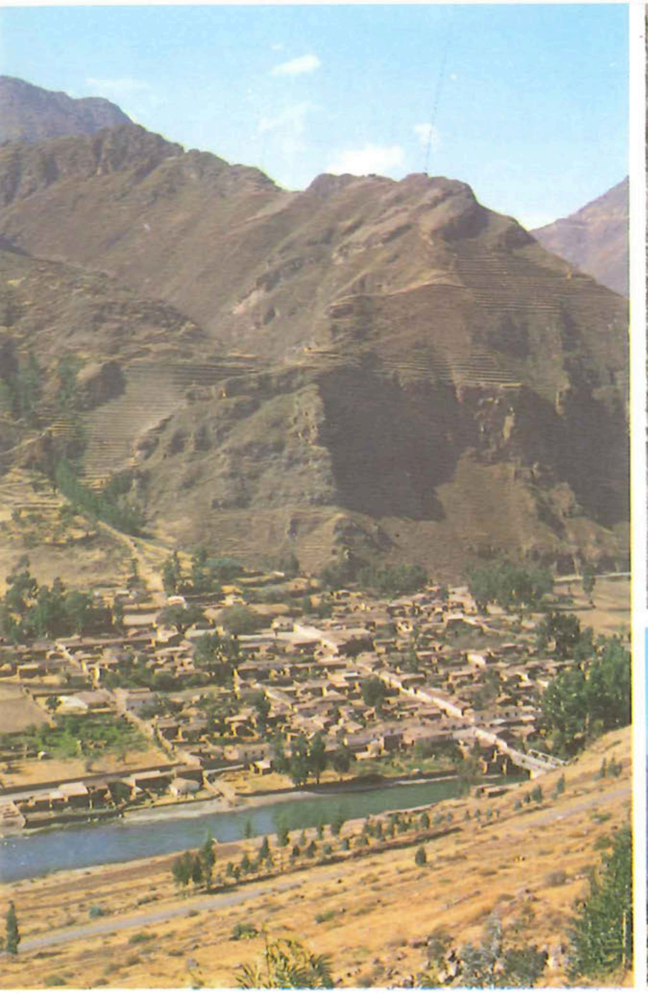
Cerámica inca que representa a un campesino transportando un arîbalo

La cultura inca

La ejecución de Tupac Amaru, último descendiente de los emperadores incas, llegado el año 1572, supuso el final efectivo de un Imperio que hasta poco tiempo antes se había erigido como primera potencia del continente sudamericano. La primera ofensiva española, comenzada por Francisco Pizarro, había sido iniciada en 1531 y, meses más tarde, el Inca Atahualpa caía en su poder. Era el inicio del declive de aquel poder que en menos de un siglo había conseguido unir bajo su mando a los amplios territorios comprendidos entre los actuales Ecuador y Chile.

La rápida ascensión del Imperio inca, que sojuzgó a sus vecinos y estableció unas avanzadas formas de organización sobre espacios hasta entonces disgregados, constituye un perfecto modelo para el estudio del nacimiento, esplendor y muerte de una civilización. En su etapa final, las disensiones internas existentes solamente servirían para facilitar a los conquistadores la tarea que se habían propuesto. Pizarro, convertido en árbitro de la situación, debió enfrentarse sin embargo a una situación de permanente desafío por parte de quienes no aceptaban el nuevo dominio impuesto. Situación ésta que se prolongaría durante varios decenios, hasta culminar con la supresión física de quien representaba en sí mismo los valores de una raza y de una cultura propias.

En este Cuaderno, *la profesora Bravo Guerreira trata acerca de la evolución histórica del Imperio inca, así como de su organización social, económica y política. Junto a ello, establece una aproximación a sus realizaciones culturales, muestra de la capacidad creativa de sus habitantes y testimonio de los niveles alcanzados por esta civilización durante el breve período de su existencia. Asimismo, figura el artículo de Luis Usera, que aporta informaciones especialmente vivas acerca de esta cultura, centrándolas en el hecho del hallazgo del conjunto arquitectónico andino de Macchu Picchu. Aquí se aúnan de forma perfecta la naturaleza y la obra humana hasta niveles difícilmente superables. La denominada* Ciudad perdida de los Incas *resume así el espíritu propio del pueblo que la concibió, al tiempo que muestra la riqueza que el desaparecido imperio poseyó con anterioridad a su destrucción a manos de los españoles.*







Vista de Pisac y el río Vilcanota (arriba, izquierda). *Campesina de Ollantaytambo* (arriba, derecha). *Ruinas de la fortaleza de Ollantaytambo* (centro). *Recinto ceremonial de Pisac* (abajo).

El Imperio de Tahuantinsuyu

Por María Concepción Bravo Guerreira
Profesora de Cultura Inca. Universidad Complutense de Madrid

Si hay civilizaciones y pueblos cuya historia haya despertado la admiración y excitado la imaginación de escritores, filósofos y tratadistas, y aun de gentes simplemente interesadas en el conocimiento de la gran aventura de la humanidad en su búsqueda de formas de cultura y sistemas de organización social, económica y política, uno de ellos es, sin duda, el pueblo de los incas. Desde el momento mismo en que su existencia es dada a conocer por los protagonistas de la empresa de descubrimiento y conquista de las tierras peruanas, se advierte en el mundo occidental una actitud primero de simple curiosidad, y en seguida de profundo interés y viva admiración por cuantas noticias llegan de ese fabuloso mundo del *Tahuantinsuyu,* el Reino de las Cuatro Regiones. Para los utopistas del siglo XVII o los ilustrados del XVIII, el modelo incaico se mantuvo en esa línea de interés, justificada por la originalidad de sus instituciones, que siguen siendo consideradas como signo diferenciador de un tipo de cultura excepcional, capaces, como señala Alfred Metraux, de que Toynbee otorgue a la de los incas «un lugar de excepción entre sus veintiuna civilizaciones originales».



Paisaje del alto valle del Vilcanota

El estado actual de nuestro conocimiento sobre la civilización incaica está determinado por la generalización de una postura revisionista que intenta orientar la interpretación de las fuentes tradicionales a la luz de documentos administrativos de los siglos XVI y XVII, cuyos datos permiten a veces comprobar la exactitud de las noticias recogidas por cronistas e historiadores, pero que en otros casos nos indican la realidad del verdadero funcionamiento de unas instituciones no absolutamente comprendidas por los autores de esas crónicas e historias, demasiado condicionados por su mentalidad europea, ajena a los patrones de comportamiento del hombre indígena americano. No obstante, las consecuencias de esa postura revisionista no nos permiten por el momento establecer de manera definitiva una nueva versión sobre la historia y las instituciones incaicas, que aquí vamos a exponer siguiendo la corriente tradicional con sólo algunas observaciones respecto a las posibilidades de esa nueva interpretación.

Es necesario subrayar, ante todo, el hecho de que el carácter ágrafo de las culturas andinas es la nota determinante de esa insegu-

ridad en su conocimiento a que nos hemos referido. Es cierto que la carencia de escritura estuvo compensada por el vigor de una tradición histórica transmitida directamente sobre la base de relatos, cuya memoria se conservaba a través de un cuerpo de funcionarios estatales, los *quipucamayocs*, o de una simple tradición oral entre la gente del pueblo.

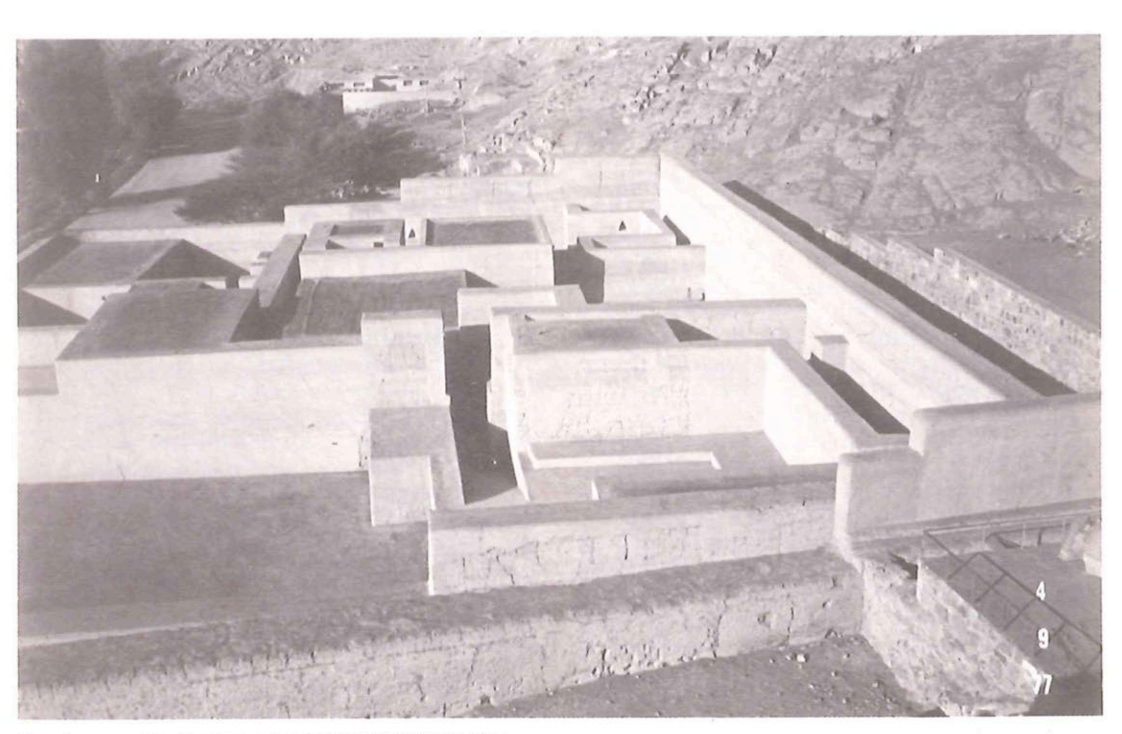
La historia del pueblo inca

Pero ¿qué valor realmente histórico pueden tener esos relatos, en que el mito se mezcla con la realidad? ¿Cómo los interpretaron y transmitieron los cronistas españoles que nos han dejado la versión castellana de esa tradición? El origen del pueblo inca está envuelto en la fantasía mítica que nos habla de la llegada al valle del Cuzco, procedente de la legendaria región del Titicaca o de algún lugar más cercano pero igualmente legendario, de la pareja de hermanos-esposos Manco Capac y Mama Ocllo, fundadores de la dinastía incaica. A través del mito, en sus variadas versiones podemos interpretar el asentamiento de un pequeño grupo étnico, originario de algún lugar no muy alejado ni muy diferente del valle que será escenario de ese proceso admirable del desarrollo histórico y de integración cultural de una serie de pueblos, creadores de rasgos peculiares que comportan una respuesta diferente a la diversidad del medio geográfico donde cada uno de ellos se ha desarrollado.

El destino del pequeño grupo de los incas será el de aglutinar, consolidar e institucionalizar costumbres y tradiciones de pueblos diversos, unificándolos bajo la estructura de un gran Imperio, el del *Tahuantinsuyu*, cuyos límites máximos parece que se habían alcanzado definitivamente cuando en noviembre de 1532 la llegada de Francisco Pizarro y su reducida hueste a Cajamarca puso fin, en un audaz golpe de fuerza y de suerte, al proceso del desarrollo histórico inca al capturar al príncipe Atau Huallpa, pretendiente a la insignia y la dignidad imperial, frente a los derechos reconocidos por la aristocracia cuzqueña de su hermano Huaskar.

Ese proceso que hizo llegar a un simple pequeño Estado rural a extender su hegemonía en todo el territorio andino, desde Colombia a Chile y desde la cuenca amazónica al Pacífico, fue estimulado por las constantes apetencias expansionistas de otro grupo étnico, guerrero y fuerte, establecido en un área cercana al asentamiento originario inca en el valle del Cuzco: el de los chancas.

La rivalidad inca-chanca forzó a ambos pueblos a buscar alianzas entre sus vecinos y la colaboración de uno de éstos, el de los quechuas, con los descendientes de Manco Capac, fue un factor importante en la supremacía final del grupo inca sobre el chanca, y no por cuestiones simplemente estratégicas.



Puruchuco: residencia de un curaca en las cercanías de Lima

Del pueblo quechua tomarán los incas uno de los elementos más decisivos para la unificación política y administrativa del futuro gran Imperio: el idioma. El quechua será en adelante el *Runa Simi,* la *Lengua de los hombres.*

Pero veamos quiénes fueron los artífices, los jefes de ese grupo conquistador, limitado en principio a la posesión de un pequeño territorio, que consiguieron crear el Imperio Inca.

La tradición indígena, recogida por los cronistas españoles, refiere de forma casi unánime la historia de doce emperadores, el último de los cuales, Huaskar, había sucumbido a la potencia y al empuje de los ejércitos de su hermano Atau Huallpa, que se disponía a hacerse reconocer como el decimotercer soberano del *Tahuantinsuyu* en el año 1532. Esa misma tradición insiste en la sucesión de dos dinastías, la *Hurin Cuzco,* cuyos soberanos se asentaron en la parte baja de la ciudad, y la de los *Hanan Cuzcos,* que trasladaron su residencia a la parte alta de la misma. Los cinco primeros soberanos integraron la dinastía *Hurin* y la *Hanan* se entronizó con el sexto: Inca Roca.

Aunque la moderna corriente historiográfica orienta sus investigaciones hacia la consolidación de una teoría, según la cual ambas dinastías gobernaron de manera paralela y sincrónica, y no consecutiva, nosotros expondremos el desarrollo de la historia incaica siguiendo la versión tradicional de esa sucesión de los Hurin Cuzcos y Hanan Cuzcos. Dada la inseguridad de los datos de que disponemos, que ni siquiera nos permiten reconstruir con certeza los primeros tiempos del Incario, no estamos aún en condiciones de presentar esta nueva teoría sino como una mera, aunque muy verosímil, hipótesis.

Sólo a partir del octavo soberano, el Inca Viracocha, se puede hablar con propiedad una historia del *Tahuantinsuyu,* cuyo verdadero forjador fue el hijo y sucesor de éste, Pachacuti, el gran Reformador, que reinó al parecer entre 1438 y 1471, es decir, en una época relativamente cercana a la llegada de los españoles al Perú. La verdadera historia incaica abarca, según esto, apenas un siglo, tiempo suficiente sin embargo para crear uno de los más poderosos imperios del mundo.

Guerras civiles

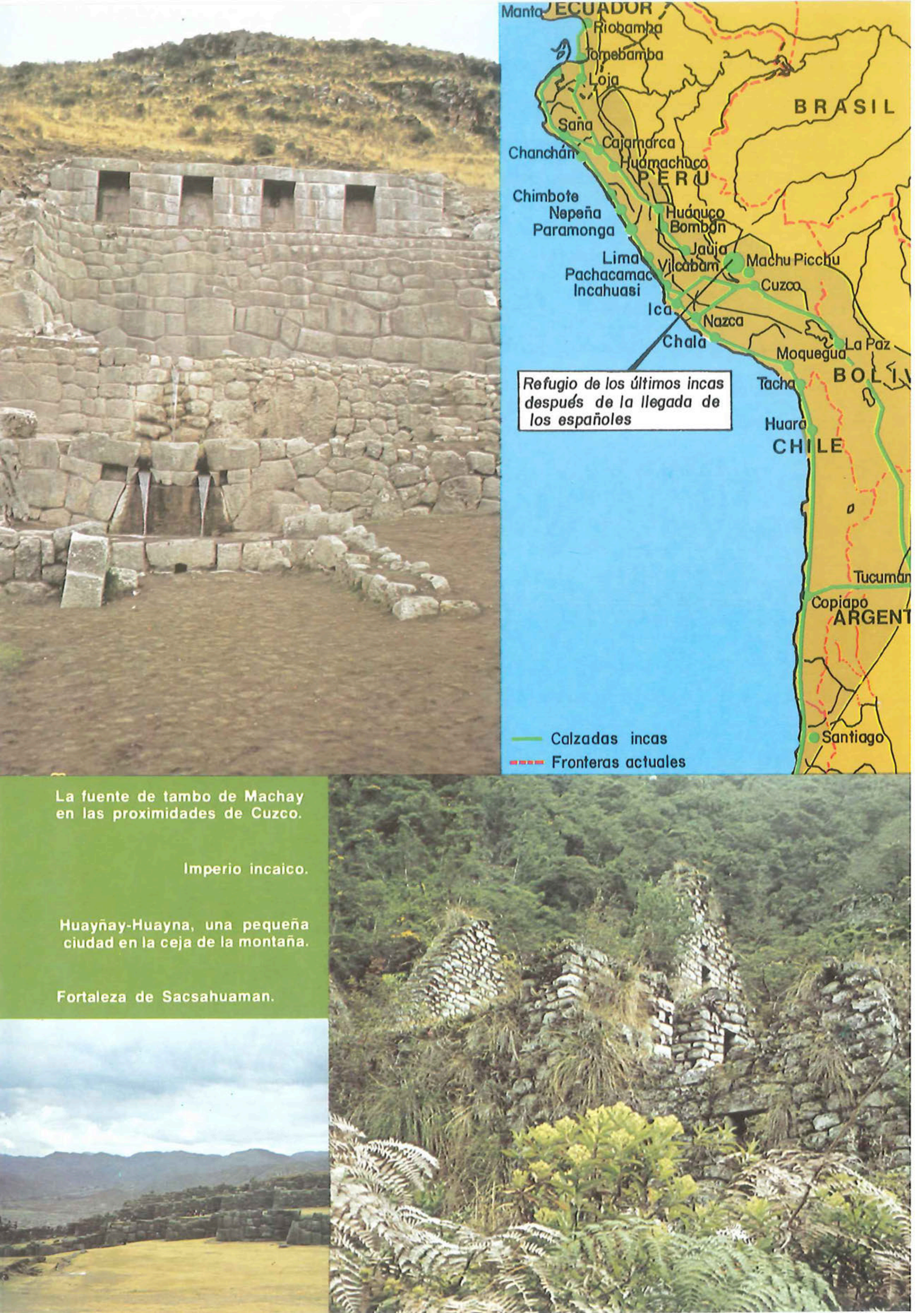
Es cierto que no faltan noticias minuciosas, e incluso una sospechosa abundancia de datos que hacen referencia a tiempos remotos, en los que cuatro edades o eras se sucedieron con sus diferentes humanidades.

Pero como decíamos, hasta el reinado de Viracocha, o mejor, de Pachacuti, no se puede hablar de una historia real de cada uno de los soberanos incas. Sabemos que hasta este momento el pueblo conquistador del Cuzco se vio envuelto en luchas con sus vecinos y que la ampliación de su territorio se debió en parte al éxito de esas luchas, pero que jugó un papel importante la política de alianzas con algunos de esos pueblos, sellada en ocasiones con el establecimiento de vínculos familiares mediante la unión con hijas de los *curaca* o señores de pequeños Estados limítrofes con el área cuzqueña.

La larga guerra con los chancas, que podría haber supuesto el fin del pueblo inca, y que desembocó en el ataque a la ciudad del Cuzco en los últimos años del reinado de Viracocha, supuso sin embargo el comienzo de su supremacía gracias a la valerosa intervención de Pachacuti, que no sólo repelió la agresión, sino que consiguió subyugar al pueblo chanca e incluso utilizarlo como auxiliar en sus propias campañas. Pero los chancas eran aliados peligrosos y el temor de que sus éxitos militares, aún bajo bandera inca, los animaran a la aventura de recobrar su poderío, indujo a Pachacuti a dar a uno de sus hermanos y generales, Capac Yupanqui, la orden de exterminio total del grupo. Pero éste, advertido del peligro y capitaneado por su jefe Ancohuallu, consiguió huir adentrándose en la zona de la selva oriental. El general Capac Yupanqui pagó con su vida el fracaso de la misión encomendada por el soberano, aunque, en realidad, desde su huida al pueblo chanca no volvió jamás a representar una amenaza para la expansión inca. Las campañas de Pachacuti llevaron esta expansión hasta el territorio de los aymaraes de la zona del Collao, junto al lago Titicaca, donde floreciera la civilización de Tiahuanaco, cuna de tradiciones que hablan precisamente del origen del pueblo inca. Desde el altiplano a la costa del Pacífico la soberanía de los incas fue reconocida sin excepción. Hacia el Norte, Cajamarca representó la frontera más extrema del Imperio de Pachacuti.

La obra de este gran Inca, sin embargo, no se limitó exclusivamente a la simple conquista de nuevos territorios; su labor como legislador y organizador sentó las bases para la consolidación y sucesivo engrandecimiento del Imperio.

Tupac Inca Yupanqui, todavía en vida de su padre y mientras éste se dedicaba a esa tarea de organización del Imperio y a la reestructuración y embellecimiento de su capital, que causaría el asombro y la admiración de los conquistadores españoles, fue el artífice del ensanchamiento territorial del *Tahuantinsuyu.* Sus campañas lo llevaron hasta las tierras de los señores del Norte, del Reino de Quito, en la zona de la Sierra, y del señor de Chimú, en la Costa. Desde Chimú no le fue difícil, a su regreso al Cuzco subyugar todos los señoríos costeños hasta Pachacamac, en las cercanías



La fuente de tambo de Machay en las proximidades de Cuzco.

Imperio incaico.

Huayñay-Huayna, una pequeña ciudad en la ceja de la montaña.

Fortaleza de Sacsahuaman.

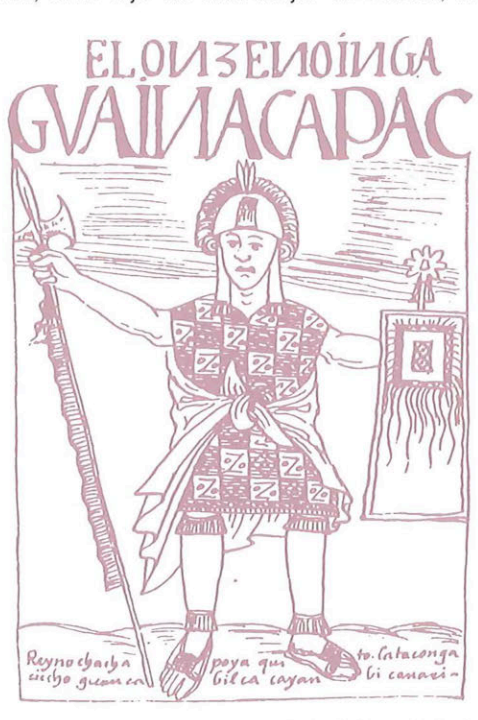
de la actual ciudad de Lima, el gran Santuario preincaico a cuyo culto, que respetó, superpuso la estructura y organización de la religión estatal.

Una leyenda recogida en fuentes relativamente tardías, del último cuarto del siglo XVI, relata la fantástica expedición marítima que llevó a Tupac Inca Yupanqui desde la costa norte del Perú actual a unas lejanas islas del Pacífico, las misteriosas *Aguachumbi* y *Nina Chumbi*, que no ha sido posible identificar y que para algunos son las islas Galápagos, mientras para otros pueden ser nada menos que el archipiélago Salomón, descubierto precisamente por el cronista que recoge por primera vez esta leyenda: Pedro Sarmiento de Gamboa.

Sin embargo, no es fácil aceptar la veracidad de este viaje llevado a cabo por un pueblo que indudablemente no tuvo aptitudes marineras y que difícilmente pudo afrontar y superar las dificultades de una navegación de ida y vuelta por el Pacífico. Sí fue un hecho consumado en cambio, ya durante su propio reinado, la expansión del *Tahuantinsuyu* que Tupac Inca Yupanqui llevó hasta las tierras chilenas imponiendo su autoridad a todos sus habitantes hasta el valle del río Maule.

El último gran Inca, Huayna Capac, no amplió demasiado las fronteras, pero su labor fue dura y difícil al tener que consolidar la soberanía incaica en regiones vastas y lejanas, en las que sus belicosos habitantes intentaron sacudirse el yugo del centralismo cuzqueño con constantes rebeliones que absorbieron, sobre todo en el Norte, el tiempo, la energía y los recursos de este soberano, cuyo reinado se desenvolvió en una situación de crisis permanente. A su muerte, en 1530, dejaba el orden incaico establecido y respetado desde el sur de Chile, donde él mismo dirigió la empresa de reorganización administrativa, hasta las tierras del sur de la actual Colombia, fijando la frontera en el río Ancasmayo y redondeando las fronteras del Imperio hasta la zona oriental de la actual República del Ecuador.

El Inca Manco, sentado en el trono (dibujo de Poma de Ayala)



Huayna Capac, el último gran Inca (dibujo de Poma de Ayala)

La leyenda de una unión de Huayna Capac con una princesa quiteña, de la que naciera el príncipe Atau Huallpa, razón por la que el soberano decidió a su muerte dividir el Imperio entre éste y su hijo Huaskar, carece de fundamento. Ni Atau Huallpa fue de estirpe quiteña, sino hijo de una mujer de Cuzco, ni el Inca pensó en dividir su Reino. Sin embargo la crisis sucesoria y las guerras civiles entre ambos hermanos, son sucesos absolutamente históricos, cuyo desenlace y consecuencias alcanzaron a conocer los conquistadores de Cajamarca.

A pesar de ello no debemos caer en el tópico de una conquista fácil y rápida del *Tahuantinsuyu* por parte de los españoles. La resistencia inca, aunque no bien coordinada, por el odio y las rencillas entre los cuzqueños y los invasores de Quito, fue feroz y tenaz. Es cierto que después del proceso a que fue sometido Atau Huallpa por los españoles y que

culminó con la condena a muerte del príncipe, todo hacía presumir una voluntad de cooperación con los conquistadores por parte del sector de la aristocracia inca que había sufrido las consecuencias de la dura represión que sobre ellos hicieron pesar los generales de Quito, y también lo es que Pizarro reconoció a uno de los hijos de Huayna Capac, Manco II, como legítimo soberano inca. Pero las continuas presiones de los españoles establecidos en la que fue capital del Imperio, sobre él y sobre los restos de las élites cuzqueñas, ya muy mermadas por las masacres de que habían sido objeto tras la victoria de Atau Huallpa, fueron el motivo de una rebelión organizada que cristalizó en 1535 con el cerco y asedio a la ciudad del Cuzco que estuvo a punto de aniquilar a los españoles. La decisiva intervención de otro de los hijos de Huayna Capac, Paullu, cuyos intereses eran contrapuestos a los de Manco y que lo llevaron a buscar la alianza de las huestes de Almagro, a las que había acompañado en su expedición a Chile, de donde regresaron en el momento en que la situación era crítica para los sitiados, hizo fracasar la ofensiva indígena.

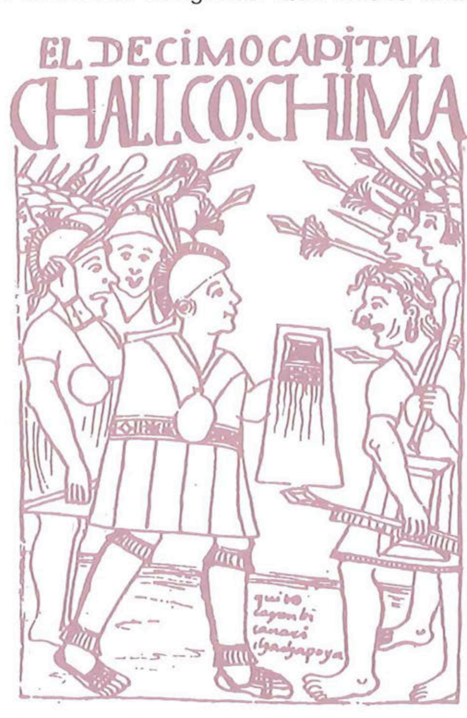
Sin embargo, la resistencia continuó en la zona montañosa de Villcabamba, adonde Manco se retiró con su gente y sólo en 1572 quedó sometido definitivamente el territorio controlado por sus hijos, que siguieron considerándose Incas, cuando fue capturado el último de ellos, el joven e infortunado Tupac Amaru.

El Inca Huaskar, llevado a Cajamarca (dibujo de Poma de Ayala)

La ejecución de su sentencia y condena a muerte dictada por el Virrey Don Francisco de Toledo fue presenciada en la plaza de Armas del Cuzco por una sobrecogida multitud de indígenas que prorrumpió en un general lamento al ver rodar la cabeza del nieto de Huayna Capac. Esto suponía el fin definitivo de la historia de los incas.

Estructura piramidal

Se ha hablado de una estructura piramidal de la sociedad inca, cuya cúspide estaba representada por el *Sapa Inca,* el Soberano, y la *Coya,* su esposa legítima, y cuya base englobaba la masa campesina mientras los estratos superiores encuadraban a las élites o nobleza de diferentes categorías. Que existió una jerarquización y que el acceso de unas capas a otras eran prácticamente imposible, es algo de lo que no cabe duda y que percibieron inmediatamente los informadores españoles fuera cual fuere su preparación intelectual, desde el soldado al bachiller y licenciado en leyes. Que la sociedad cuzqueña estaba organizada según unos patrones cuyo modelo se siguió en todo el Imperio, también es evidente. Aunque sin duda la existencia de una forma general de agrupación social, el *ayllu,* simplificó la adopción de ese modelo y la generalización de las instituciones que se basaron en él.



Chalcucima, general de Atau Huallpa (dibujo de Poma de Ayala)

El *ayllu* fue la célula fundamental en la organización de las sociedades preincaicas en toda el área andina. Es una comunidad formada por el conjunto de los descendientes de un antepasado común, real o supuesto, pero cuya verdadera coherencia se sustentaba en la posesión y el trabajo en común de un territorio, la *Marka,* y en el culto a espíritus o divinidades protectoras del grupo y sus tierras.

Este tipo de comunidad agraria es la que se ha mantenido en las zonas rurales andinas, allí donde el sistema de colectivismo agrario ha continuado siendo el modelo tradicional de producción. Lo que prueba que el vínculo de la posesión y el trabajo en común de la tierra tuvo más fuerza que el representado por la consanguinidad.

Los ayllus imperiales, las *panaca,* que no tuvieron este carácter de territorialidad, porque nunca cultivaron sus tierras, arrastraron su existencia apenas hasta los últimos años del siglo XVI, y aún así, nunca con la fuerza cohesiva que tuvieron las comunidades campesinas.

La Sociedad del Cuzco, sin prescindir de la importancia de esta célula básica, se organizó en función de la existencia de dos grupos humanos diferentes: el de los incas conquistadores y el de los habitantes primitivos de la ciudad: los conquistados.

Aunque el grupo conquistador mantuvo una endogamia estricta con la finalidad de mantener un carácter diferenciador con respecto a los conquistados, sus jefes, los *collana,* empezaron a tomar entre los conquistados, los *cayao,* mujeres como esposas secundarias o concubinas. De esta forma surge un nuevo grupo: el de los *Payan.* Los términos *Collana, Payan* y *Cayao* son solamente indicativos de una categoría social, no étnica. En el Cuzco el grupo *Collana* estaba integrado por los descendientes de los jefes conquistadores por línea patrilineal y matrilineal. Los *Cayao,* por los *ayllus* primitivos de la ciudad y los descendientes de uniones endogámicas entre ellos. Los *Payan* son descendientes de los conquistadores y de mujeres *cayao* o bien producto de uniones endógamas dentro del propio grupo una vez que éste se constituye como tal grupo social, diferente al *Collana* y al *Cayao.*

Para mantener esa relación endógama de todos los grupos, que no excluía las uniones exógamas, los *ayllus* estaban divididos en mitades y además establecidos en zonas diferenciadas dentro del mismo asentamiento: La Hanan o de arriba, y la Hurin o de abajo. La ciudad del Cuzco estaba dividida en esas dos mitades, y a su vez cada una en dos secciones o barrios cuya proyección fuera de los límites de la capital dio lugar a los cuatro cuartos, *suyus,* o regiones del Imperio, a que nos referimos más arriba.

El Hanan Cuzco engloba los cuartos o barrios originarios del *Chinchaysuyu* y del *Antisuyu.* El Hurin Cuzco los de *Cuntisuyu* y *Collasuyu.* Por su parte todas las ciudades y pueblos del Imperio estaba divididos en dos zonas la *Hanansaya* y la *Hurinsaya.* En ellas los grupos sociales del Cuzco se reflejaban en los *ayllus collana* compuestos por los representantes de la autoridad central, los funcionarios de alta jerarquía pertenecientes al grupo inca. Los *payan* estaban integrados por la familia de los *curaca* o señores étnicos, y los *cayao* por la masa del pueblo. Pero sobre esta estructura casi empírica, la organización social implicaba una mayor complejidad y una jerarquía de grupos y clases o estamentos sociales. La figura del *Sapa Inca* se situaba por encima de todos ellos como ser supremo, diferente a todos por su categoría de hijo del Sol.

La nobleza, integrada por los que los españoles llamaban «orejones», debido a la deformación de sus orejas por el uso, exclusivo para ellos, de grandes adornos circulares incrustados en sus lóbulos, tenía diferentes grados. A pesar de ser numerosa como consecuencia del régimen de poliginia, que fue un factor diferenciador en ella con respecto al pueblo, y una necesidad impuesta por la exigencia de la alta burocracia que sólo se podía nutrir de ella, no llegó nunca a dejar de ser una minoría frente a la población plebeya, de la que dependía para su subsistencia. La marcada jerarquización social se dejaba sentir también en esa aristocracia. La descendencia de un inca, tanto masculina como femenina, con exclusión del heredero, formaba su ayllu, la *panaca real,* encargada de conservar la momia o *mallqui* del soberano en su propio palacio, y de mantener vivo el recuerdo de los hechos de su reinado. Por esta razón cada uno de los *Sapa Inca* tenía que construirse su propio palacio y proveerse de su ajuar, que pasaría después a ser patrimonio de su *panaca.* La primera generación de *las panacas,* es decir los parientes directos del Emperador, sus hermanos, o los hermanos de su padre, vinculados a él por lazos estrictamente endogámicos, constituían la nobleza de categoría superior, encuadrados dentro del grupo *Collana.*

Las siguientes generaciones, también emparentadas entre sí, aunque hubiera en ellas descendientes del grupo no *collana,* sino *payan,* constituían un estamento de la nobleza de sangre, aunque de segunda categoría. Junto a estas clases, pero ajenas a la nobleza imperial o de sangre, existían grupos privilegiados formados por los *ayllus cayao* establecidos en el Cuzco y sus zonas cercanas: los valles del Urubamba y del Apurimac. La nobleza local o provinciana constituida por los señores étnicos de territorios integrados en el Imperio y colaboradores voluntarios de la administración cuzqueña, gozaban también

Aldeana de Ingapirca (foto D. Azqueta)

Puerta de acceso a una de las habitaciones de El Castillo (foto D. Azqueta)

El Ingachungana

Sector de Pilaloma

de la consideración y de los privilegios propios de las élites metropolitanas.

Un grupo privilegiado era el de las mujeres escogidas o *aclla*. Estas, cuya organización y modo de vida tanto llamaron la atención de los conquistadores, fueron uno de los soportes de las clases privilegiadas. Seleccionadas o escogidas desde la pubertad, entre las hijas del pueblo, y junto a las de la propia aristocracia, eran educadas y preparadas para cumplir importantes misiones. Durante cuatro años recibían una educación esmerada que abarcaba desde el perfeccionamiento del idioma y las artes domésticas hasta la iniciación en los secretos de la religión y el culto.

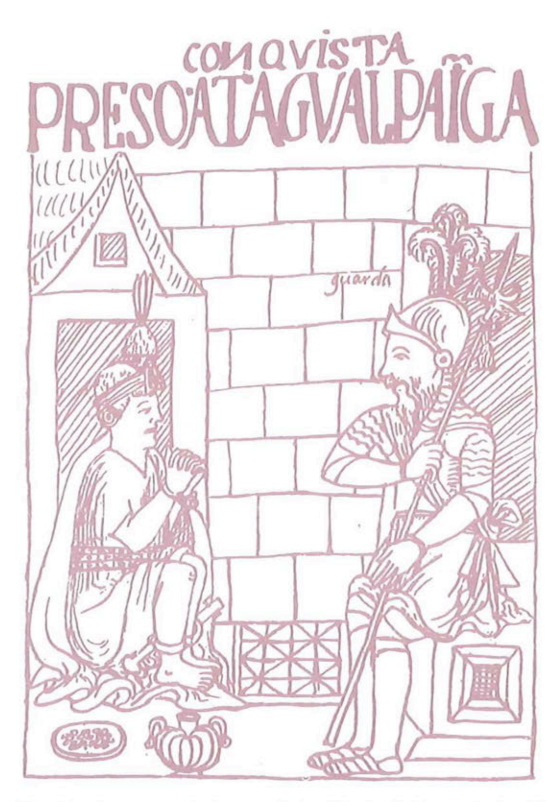
Una parte de ellas eran destinadas a servir de esposas o concubinas para las élites; otras, en pequeño número, eran designadas como víctimas en sacrificios religiosos, y el resto, las *mamacunas,* las verdaderas «vírgenes del Sol» dedicaban su vida al cuidado de los templos y del culto estatal, recluidas perpetuamente en los *Acllahuasi* anejos a esos templos, obligadas a guardar perpetua castidad y sujetas a una rígida disciplina.

Existía, además de los ya mencionados, un grupo social que se nutría de la masa del pueblo, y que se rigió por normas muy especiales. Los *mitimaes* o trasladados constituían un estamento utilizado por los Incas con fines económicos y militares. Al parecer los que tuvieron un carácter militar eran realmente grupos privilegiados que llegaron a alcanzar una situación de excepción en la sociedad de los territorios más alejados del Cuzco, sobre todo en los últimos tiempos del Incario.

El traslado de *ayllus* completos o de poblaciones en masa obedecía como decíamos a motivos políticos o económicos. Cuando un territorio era incorporado al *Tahuantinsuyu,* era de vital importancia su integración, acelerada y sin riesgos, en el marco general del Estado. Para facilitar ese proceso, nada mejor que trasladar un grupo, ya perfectamente incaizado, que además de imponer las técnicas y difundir el modo de producción tradicional cuzqueño, garantizaba la seguridad del territorio, controlando a la población autóctona y evitando los posibles complots que en ella pudieran gestarse contra la soberanía de los incas. Estos grupos de confianza eran los verdaderos *mitimaes* de privilegio.

La gran masa del pueblo, los *hatunruna,* que el historiador francés Louis Baudin denominó como «una cáfila de hombres felices», era el gran motor del Estado. Sobre ella recaía la responsabilidad de trabajar para el mantenimiento de esas élites improductivas, aunque no inoperantes, y de todo el aparato burocrático estatal. Agrupada en *ayllus* y conservando su propia idiosincrasia, estaba no obstante sujeta al más estricto control llevado a cabo mediante cuidadosos censos, elaborados periódicamente sobre la base no de todos los individuos, sino de los cabezas de familia, los *purej,* verdaderos responsables del tributo. La familia campesina era monógama y a sus componentes no les estaba permitido trasladar su residencia, ni aun cambiar la forma o los colores de su atuendo, por los que podía identificarse claramente su origen. No tenían derecho a ningún tipo de educación, salvo la que recibieran en el seno de su propia familia, dirigida exclusivamente al aprendizaje de las técnicas de trabajo o al de las tradiciones del grupo.

Dentro de esta masa del pueblo, aunque fuera de su organización, y compuesto por individuos desvinculados de sus *ayllus,* se incrustaba un estamento o grupo, el de los *yana,* siervos o criados perpetuos, cuya existencia ha motivado el que algunos autores consideren a la sociedad inca como esclavista. Quedaban, al ser separados de su grupo familiar, liberados de las obligaciones del trabajo comunitario, pero su función era la de desempeñar vitaliciamente todo tipo de servicios para el señor a quien fueran adscritos: cuidados de rebaños y haciendas, cultivo de tierras patrimoniales del Inca o de las *panacas,* trabajos de índole estrictamente doméstica... A cambio, gozaban de una cierta independencia y beneficios inherentes a la rela-



Atau Huallpa, preso de los españoles (dibujo de Poma de Ayala)

ción directa con un señor, que podía compensar su dedicación y fidelidad incluso con la posesión personal de algunas tierras y con la entrega de concubinas.

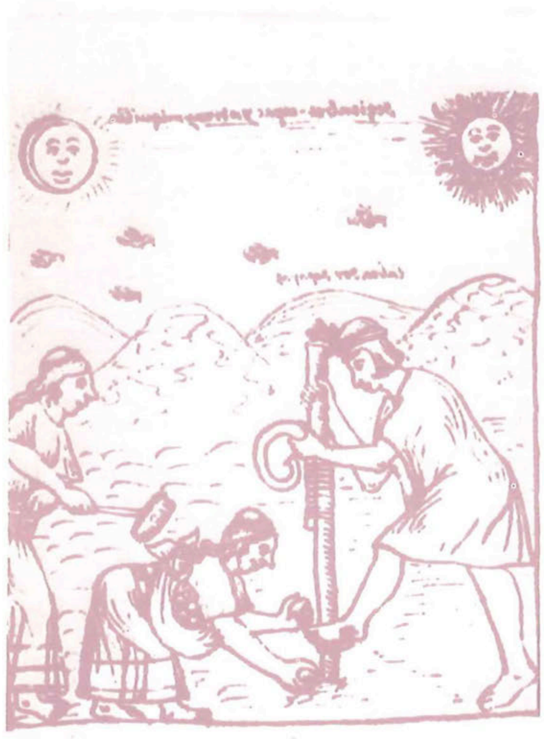
La organización político-administrativa

El gobierno de los incas se caracterizó por el ejercicio de un poder absoluto controlado por el *Sapa Inca* a través de una compleja red burocrática que alcanzaba a todos los súbditos, si bien las tradiciones de los grupos dominados se respetaron en el ámbito religioso, económico, e incluso político. Se trataba de un Estado en el que se mezclaron, de forma original, instituciones y formas de gobierno comunistas con un régimen monárquico apoyado en principios teocráticos. El soberano del *Tahuantinsuyu,* cuya autoridad absoluta era acatada por sus súbditos con la reverencia debida al hijo del Sol, era prácticamente el dueño de todas las tierras del Imperio y de la fuerza de trabajo representada por la mayoritaria población campesina.

La monarquía era hereditaria, aunque no forzosamente la sucesión tenía que recaer en el primogénito, ni siquiera en uno de los hijos de la *Coya,* esposa del *Sapa Inca,* que a partir de Pachacuti fue una de sus propias hermanas. La institución del matrimonio adelfogámico por el noveno soberano obedeció, tal vez, al afán de revitalizar el mítico origen de los hijos del Sol, como descendientes de la primitiva pareja de hermanos-esposos Manco Capac y Mama Ocllo, sacralizando así la estirpe conquistadora.

El heredero era designado por el Soberano, en función de su capacidad y aptitudes para el gobierno y la estrategia militar. Era en realidad un verdadero correinante con el padre, en las ocasiones en que por su edad pudiera desempeñar funciones de gobierno. Pero no necesariamente ese heredero, en ocasiones correinante, tenía que llegar a ostentar la *mascapaicha,* la borla o insignia de la categoría imperial. Previamente tenía que ser reconocido como tal por la nobleza cuzqueña, y de hecho las sucesiones fueron frecuentemente tumultuosas y se decidieron después de motines y conspiraciones entre sectores de esa nobleza, originados por los intereses de los grupos familiares de las concubinas, madres de los pretendientes.

Pero una vez que el heredero era recono-



La faena agrícola de la siembra (dibujo de Poma de Ayala)



El Inca, conducido a la batalla (dibujo de Poma de Ayala)

cido y proclamado, su autoridad se consideraba indiscutible para la poderosa nobleza y por supuesto para el pueblo, ajeno por completo a las intrigas de la Corte.

El Cuzco, centro físico y espiritual del Imperio, en el que residía el *Sapa Inca,* fue el eje y modelo de esa organización perfecta. La misma capital con su estructura cuatripartita generó la división del creciente *Tahuantinsuyu* en las cuatro Regiones o *Suyos* del Imperio. En cada uno de ellos ejercía las altas funciones del gobierno, en representación del Soberano, uno de sus más cercanos parientes. Los cuatro *Suyoyoc Apu* formaban un Consejo que asistía al *Sapa Inca* y gobernaban en su demarcación, pero las decisiones importantes emanaban del Soberano.

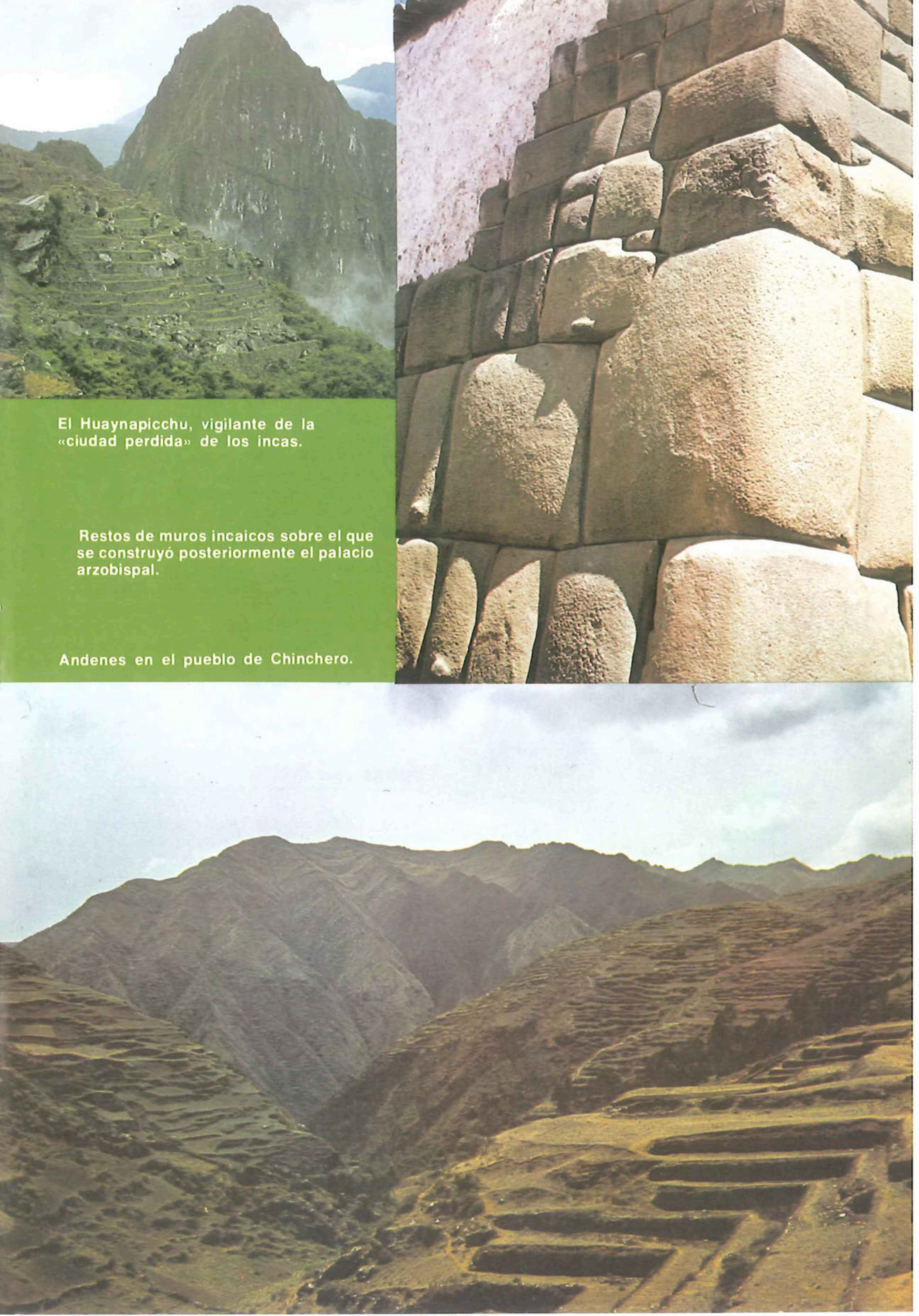
A partir de esta demarcación, meramente política, se superponía la de carácter administrativo. En los *suyos* se encuadraban las provincias, equivalentes a los Estados preincaicos incorporados paulatinamente al Imperio, aunque no exactamente coincidientes con ellos, puesto que la organización central, aun respetando la homogeneidad étnica y cultural, se basaba más en la población que había de mantener su productividad, que en la extensión geográfica. Cada una de las provincias debía ser el asentamiento de 40.000 familias. Pero contaban dos factores importantes que constituyeron las formas más originales de la organización político-administrativa inca: la distribución decimal de la población y la división tripartita de las tierras del Imperio. Cuando el Inca conquistaba un territorio se procedía inmediatamente a la distribución de sus recursos naturales y humanos. Aun cuando la estructura del *ayllu* se respetaba (de hecho se tendió siempre a garantizar su autosuficiencia económica), y se mantuviera la propiedad de las tierras comunales, el Soberano confiscaba un lote de ellas que destinaba al mantenimiento del Estado. Otro lote era reservado para atender a las exigencias del culto; eran las llamadas «tierras del Sol». Las del pueblo abarcaban las parcelas necesarias para el sustento de los *ayllus.*

¿Qué proporción había entre estos lotes y qué criterio se seguía para su distribución? Es cierto que se aseguraba la autosuficiencia de las comunidades, pero las necesidades de consumo de éstas se reglamentaban y se mantenían en un nivel mínimo, lo que permitía que la extensión de los otros lotes fuera considerable, y ésta era una exigencia impuesta por la cantidad de recursos que absorbía el sustento del Inca, las élites y el culto, que dependían de la explotación de esas tierras, confiada a las comunidades que residían en ellas. Por otra parte existía otro tipo de tierras, que se podrían considerar como de propiedad privada, que eran las patrimoniales de cada Inca, transmitidas a sus respectivas *panacas* y explotados por población *yana.*

El funcionario que representaba en las provincias la máxima autoridad era el *Ttocricuk,* cuyas funciones, aunque eran esencialmente administrativas, abarcaban otros aspectos políticos y militares, y además ostentaba el poder ejecutivo de forma muy amplia. Para desempeñar sus funciones contaba con una red de funcionarios subalternos, residentes en las ciudades más pequeñas y en los pueblos de su demarcación, pero él mismo estaba sujeto a una vigilancia y supervisión de su gestión.

Funcionarios volantes o inspectores recorrían constantemente las tierras del *Tahuantinsuyu* con misiones especiales encomendadas directamente por el Soberano, cuya finalidad era recoger informes sobre todos los aspectos del gobierno y la administración. Esta organización central tan estricta que hubiera podido ser la causa de disensiones y disturbios en el Imperio, no supuso un desequilibrio en la estructura tradicional de los pueblos que la componían. Gracias al respeto que se tuvo por las formas locales de gobierno, con las que se estableció una inteligente coexistencia mediante un estricto sistema de reciprocidad de servicios y de redistribución de bienes se mantenía una absoluta comunidad de intereses entre el poder central y el de los *curaca.* Estos jefes locales, cuya autoridad fue respetada casi sin excepción, permitiéndoseles ejercer su autoridad sobre las comunidades que les estaban sujetas, eran de categoría muy variable. Dependían del número de individuos que controlaban y cuyos servicios personales tenían derecho a utilizar. Su rango superior dentro de la comunidad era reconocido por ésta y por el Estado.

Las obligaciones de los *curaca* eran velar por el rendimiento del trabajo de sus sujetos y controlar la entrega del tributo, del que debían rendir cuentas personalmente al Inca en el Cuzco periódicamente, entregando ellos mismos los artículos suntuarios procedentes de su localidad. A cambio recibían a su vez regalos del Soberano, objetos preciosos procedentes de otras partes del Imperio a los que de otra forma no tendrían acceso, *yanas* para su servicio y concubinas procedentes de los *Acllahuasi.* De esta manera se establecía a través de la redistribución de bienes, una comunidad de intereses con los señores locales cuya lealtad era necesaria para el Inca. Lealtad y colaboración que se aseguraban, también, valiéndose del sistema de retener en la capital del Imperio, en calidad de rehenes a los hijos de los *curaca* que en su día habían de suceder a sus padres en el gobierno de las comunidades. Así, centralizando y unificando viejas tradiciones y superponiendo a ellas un engranaje de mecanismos burocráticos complejos, los incas consiguieron mantener la unidad política de su Imperio.



El Huaynapicchu, vigilante de la «ciudad perdida» de los incas.

Restos de muros incaicos sobre el que se construyó posteriormente el palacio arzobispal.

Andenes en el pueblo de Chinchero.

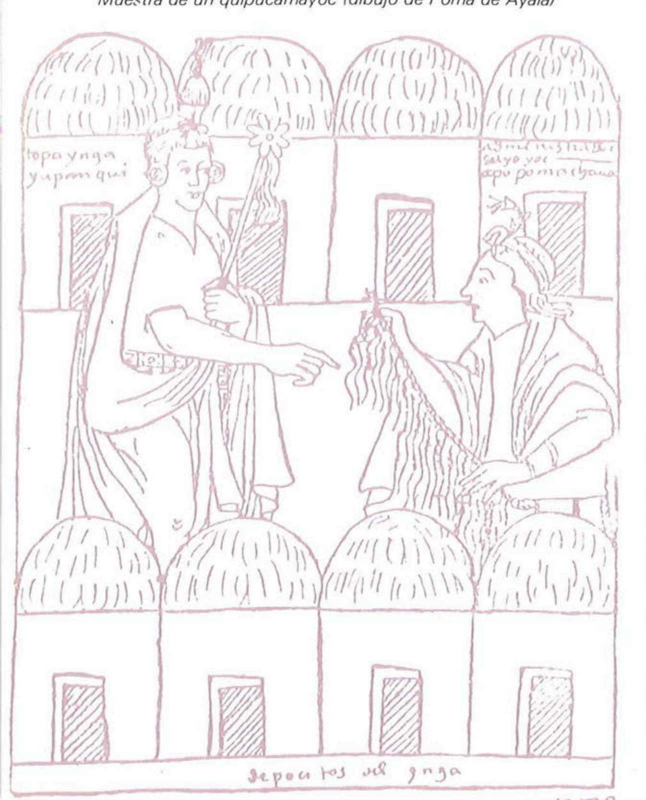
Un desafío a la naturaleza

Por María Concepción Bravo Guerreira
Profesora de Cultura Inca. Universidad Complutense de Madrid

La base económica del *Tahuantinsuyu* la constituía la explotación de los recursos naturales, cuyo producto se destinaba al mantenimiento de la población, tendiendo a conseguir además excedentes que, rigurosamente administrados, servían como base para atender a las necesidades de un estado militarista cuya infraestructura requería constantemente el esfuerzo de una energía humana que, a su vez, necesitaba de esos excedentes para asegurar el perfecto funcionamiento del sistema. La fuerza de trabajo, el medio de producción, era la masa de *Hatunruna,* cuyo esfuerzo perfectamente reglamentado como tributo que se debía al Estado fue suficiente para soportar esas necesidades crecientes de un Imperio en constante expansión.

El sistema de la división tripartita de esas tierras exigía la reglamentación de los sistemas de trabajo que las ponían en explotación. Para las del pueblo era fundamental garantizar la equidad en el reparto de las parcelas y su adjudicación a cada familia. La unidad de cultivo para ellas era el *tupu,* de extensión variable según la calidad del terreno. El *tupu,* como afirma Louis Baudin, no se ajustaba a unas medias fijas; era «simplemente el lote de tierra necesario al mantenimiento de un matrimonio sin hijos».

Muestra de un quipucamayoc (dibujo de Poma de Ayala)



El reparto del suelo era solamente en usufructo y se efectuaba periódicamente, cuidando de que cada familia tuviera acceso, dada la diferente calidad de ésta, a tierras de donde se pudieran obtener todos los alimentos necesarios para su sustento. Los lotes no podían ser cambiados ni, por supuesto, vendidos. Una vez repartido el suelo cultivable, la comunidad atendía a su puesta en explotación mediante el sistema del *ayni,* trabajo comunitario que se regía mediante un sistema de reciprocidad, que comprendía básicamente las actividades agrícolas, aunque también implicaba la construcción de las casas de cada nueva pareja. Este sistema de reciprocidad local, el *ayni,* implicaba la obligación para el dueño de la parcela que trabajaba toda la comunidad de alimentar a todos los que colaboraban con él mientras duraba el trabajo.

Con esta reglamentación del *ayni* y con el acceso a los recursos de la tierra y a los medios de producción representados por el trabajo de todos sus miembros, las comunidades, como las familias, tenían asegurada su autosuficiencia económica.

Organización decimal

Pero ¿cómo se organizaba la economía del Estado? Este no tenía derecho a exigir ni un solo grano de maíz de las cosechas de los tributarios, pero disponía permanentemente de la fuerza de su trabajo, tanto para la explotación de las tierras estatales y del culto como para la prestación de servicios en el ejército, las obras públicas, la elaboración artesana y el cuidado de las salinas o de los rebaños estatales. En este trabajo permanente consistía el tributo del campesino andino, y para organizarlo se impuso el sistema de la división por edades para todos los individuos de acuerdo con la capacidad de trabajo de cada uno de ellos, y la división decimal de los cabezas de familia. Los adultos entre los veinticinco y cincuenta años, los *purej,* eran los verdaderos tributarios sobre los que recaían todas las obligaciones y sobre los que se hacía la distribución de los equipos de trabajo. Todos los individuos que integraban el pueblo estaban absolutamente controlados por el Estado, la vida familiar estaba vigilada constantemente a lo largo de toda la existencia de sus compo-

nentes. Rigurosas inspecciones y censos controlaban las incidencias demográficas: nacimientos, matrimonios, muertes, situaciones de enfermedad o incapacidad para el trabajo, viudas y huérfanos que dependían de las comunidades; todo era cuidadosamente anotado por el *Quipucamayoc*, y supervisado por las constantes inspecciones llevadas a cabo por los funcionarios de la administración.

El *Quipucamayoc* representaba un importante papel como funcionario de la administración del Estado. El *quipu* o registro, hecho a base de cordeles de diversos colores anudados de forma precisa y convencional que hacía variar su sentido y comprender su contenido, era el instrumento de contabilidad y la forma de conservar mediante un sistema puramente nemotécnico, datos de todo tipo. Si la contabilidad de la producción era necesaria, el censo de los trabajadores resultaba imprescindible para la formación de los grupos decimales. La base de éstos era la *pachaca* o centena de *purej*, que por su asimilación al posible número de familias que componían un *ayllu* ha sido a veces confundido con éste. Pero el *ayllu* es una formación social, mientras la *pachaca* constituía una simple agrupación artificial de carácter económico creada con finalidades puramente administrativas. Los subgrupos de la *pachaca* constituidos por 5 purej *(chunca)*, 10 purej *(pisca)*, 50 purej *(pisca pachaca)*, estaban controlados por sus respectivos capataces o mandones, que debían rendir cuentas ante el *pachaca-camayoc*. El cargo de camayoc o capataz de equipo, inferior a la pachaca, recaía sucesivamente en todos los componentes del grupo que de esta forma tenían la oportunidad de ejercer una autoridad y asumir responsabilidades al menos durante una vez en su vida de tributarios. Ellos eran los encargados de organizar el trabajo agrícola en común o *minka* para el cultivo de las tierras del Inca y del culto.

La *pachaca* se multiplicaba en grupos mayores: cinco de ellos conformaban una *pisca pachaca* o grupo de 500 tributarios. La *huaranca* era un millar y la suma de cinco de ellas configuraba la *pisca huaranca*. El *hunu*, compuesto por 10.000 tributarios, era el grupo decimal de mayor entidad y probablemente equivalente a todo un linaje o grupo étnico. La jerarquización del trabajo y la distribución de responsabilidades se advierte al observar que para cada 10.000 tributarios existía una escala de funcionarios que sumaban el número de 3.333, de categoría ascendente. Los encargados de los grupos superiores a las *pachacas* no estaban sujetos a la mita, y eran los señores naturales de los componentes de sus equipos, cuya categoría variaba según el número de las familias que les estaban sujetas; un *curaca* local podía tener rango inferior, el de *pachaca camayoc*, o incluso el máximo de *hunu camayoc*.

Esta organización decimal no era absolutamente estricta, los grupos podían variar por exceso o por defecto, aunque sin alejarse mucho del patrón numérico, que se ajustaba en la medida de lo posible a la composición natural de los *ayllus*.

Un riguroso sistema de almacenamiento y distribución de la producción era la clave del equilibrio económico estatal. Los depósitos locales, provinciales y metropolitanos aseguraban las reservas de todo cuanto necesitaran las élites, que recibían del Inca lo necesario para su mantenimiento. Los templos contaban con sus propios recursos procedentes del producto de las tierras del culto, también almacenados y administrados por el celo de sus funcionarios. Pero una buena parte del excedente de producción, que rebasaba con un amplio margen las necesidades de esas élites, se recogía en un tipo de almacenes, los *tam-*

El Inca recibe el obsequio de una llama, según dibujo de Poma de Ayala



bos, situados a intervalos en la magnífica red de caminos que recorría el Imperio y que servían de abastecimiento permanente a los ejércitos y a los tributarios que prestaran cualquier servicio fuera de sus propias comunidades.

La ingeniería

El desafío de una naturaleza hostil, en la que las condiciones cambian según se trate de la zona costera, donde se alternan pequeños valles fértiles con extensos arenales desiertos, o en la sierra, donde las punas frías dominan a los abrigados valles interiores, o en la ceja de montaña, donde el clima tropical es más un obstáculo que un aliciente, tuvo una adecuada respuesta en la capacidad de desarrollo tecnológico de que fue protagonista el hombre andino.

Como en todas las manifestaciones de su cultura, los incas fueron en este aspecto herederos de realizaciones anteriores, conseguidas por el esfuerzo y por esa capacidad de respuesta de los grupos asentados en las diversas zonas de la geografía del *Tahuantinsuyu*. Pero también, como en todas esas manifestaciones, el genio organizador del pueblo inca fue capaz de extraer de esas experiencias el máximo rendimiento al aplicar su espíritu de disciplina al objetivo primordial de su economía: alcanzar el más alto nivel de producción en todas sus tierras.

El objetivo fundamental de todo el esfuerzo organizado de los expertos ingenieros y la mano de obra fue el de conseguir el dominio del espacio en una verdadera labor de remodelación y estructuración de la propia naturaleza, mediante la construcción de terrazas escalonadas o andenes que ampliaron el terreno utilizable para la agricultura o el desarrollo del urbanismo, con el complemento indispensable de una red de canalizaciones de riego para aquélla o de abastecimiento de aguas para ésta, en ambos casos con un perfecto sistema de drenajes para asegurar la consistencia de las construcciones.

Hemos aludido al desarrollo del urbanismo incaico, relacionándolo con la ingeniería, y es que, en efecto, no sólo la infraestructura de las ciudades requería una técnica de ingenieros. La misma arquitectura, en su grandiosa simplicidad, puede considerarse también como obra de técnicos expertos en esta ciencia que debían estudiar y conocer la capacidad de resistencia de los materiales líticos, el equilibrio y el peso de los distintos elementos arquitectónicos, la perfecta aplicación de eficaces técnicas antisísmicas que han permitido la conservación de numerosos edificios de forma intacta, en una zona sacudida por frecuentes y devastadores terremotos.

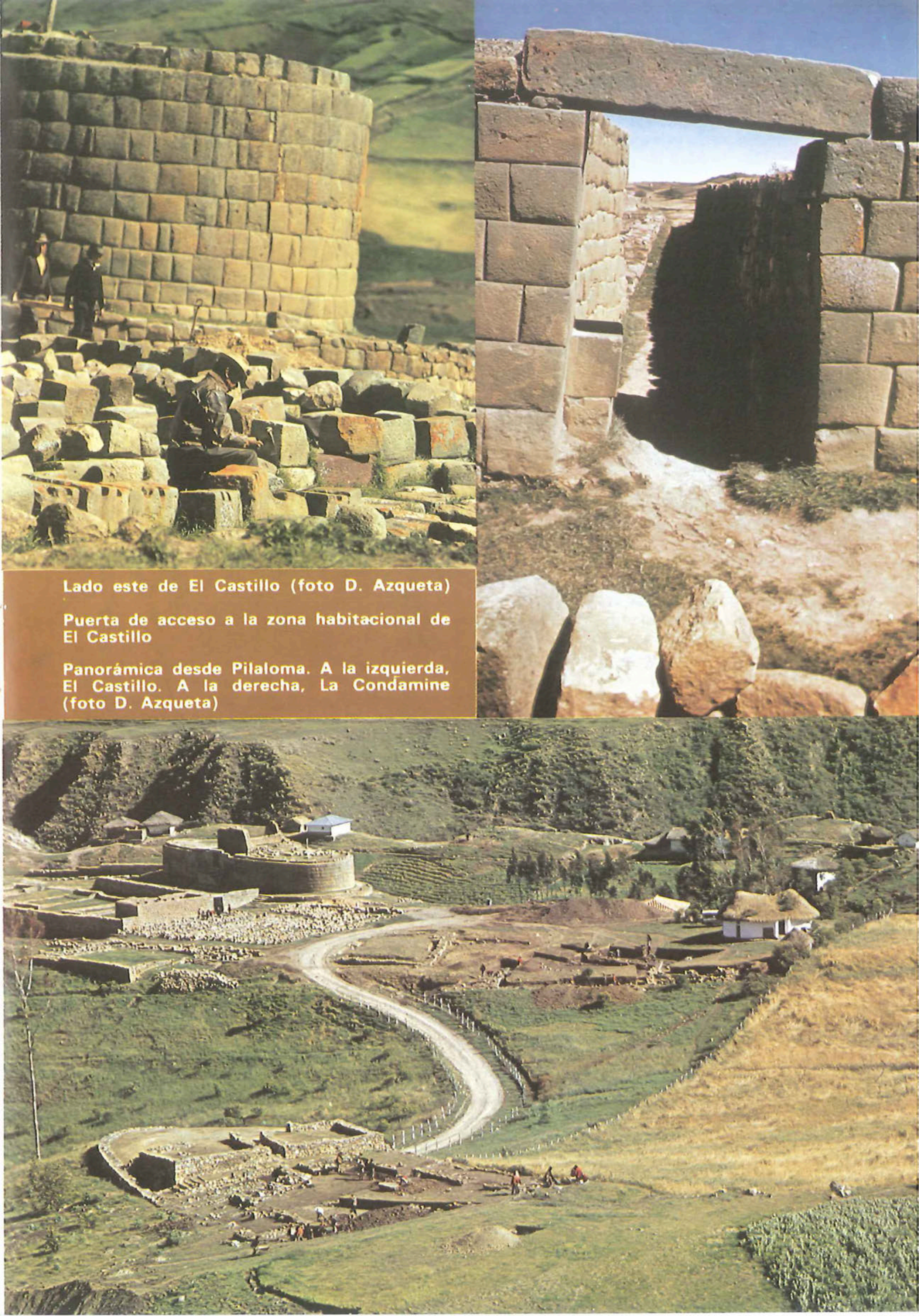
La más imponente muestra de la perfección alcanzada por la técnica incaica para conseguir hacer aprovechable un terreno con fines urbanísticos y agrícolas conjuntamente es, sin ningún género de dudas, el impresionante conjunto de la ciudad de Machu Picchu. Ante la belleza sobrecogedora del paisaje en el que se asienta, el espectador de esta maravilla percibe, sin comprenderla, la perfección alcanzada por los ingenieros incas en sus técnicas y la capacidad de organización de una mano de obra disciplinada que podía hacer realidad lo que aún hoy y ante su contemplación parece más una fantasía de la imaginación que una obra humana. En la montaña, esculpida como una gigantesca escultura, se suceden planos y terrazas comunicadas por innumerables escalinatas, donde se asientan espacios abiertos y barrios residenciales o conjuntos ceremoniales rodeados de andenes que descienden hasta la base del cerro, rodeado por una curva del Urubamba, o se levantan como un magnífico telón de fondo sobre las vertientes casi verticales del Huayna Picchu, el «cerro joven», y el Machu Picchu, el «cerro viejo», que encierran como en un estuche la joya de la ciudad.

Pero hay otro tipo de andenes o terracerías de uso exclusivamente agrícola que transformaron y ampliaron la capacidad de explotación de unas tierras que de otro modo habrían sido absolutamente inaprovechables. Y que sirvieron, a su vez, como sistemas de protección contra los efectos erosivos del viento y la lluvia que provocan en las laderas de las montañas continuos desprendimientos. Por un lado, estos andenes permiten esa ampliación tan necesaria de los terrenos cultivables, pero, además, por la forma de estar dispuestos y constituidos, aseguran un aprovechamiento total del agua que se va infiltrando desde el más elevado hasta el de nivel más bajo, reduciendo, gracias a la sabia combinación de los materiales de relleno depositados entre sus muros, las pérdidas que podría provocar la evaporación.

Las obras públicas

La magnífica red viaria que ponía en comunicación los más distantes puntos del Imperio fue la otra gran realización que en el orden material llevaron a cabo los incas. Junto con el establecimiento de una lengua oficial, el quechua, y de una religión común para todos sus súbditos, constituyó un poderoso medio de unificación política y el instrumento indispensable para sostener la maquinaria administrativa y la movilización de hombres y productos, necesaria para mantener la seguridad y el abastecimiento de todos los rincones del *Tahuantinsuyu*.

Al desconocer, o no aprovechar, el trans-



Lado este de El Castillo (foto D. Azqueta)

Puerta de acceso a la zona habitacional de El Castillo

Panorámica desde Pilaloma. A la izquierda, El Castillo. A la derecha, La Condamine (foto D. Azqueta)

porte y las comunicaciones marítimas, se dio especial importancia a las de tierra, a través de caminos y puentes, cuya importancia, según la admirativa apreciación de los conquistadores españoles, primeros cronistas del Perú, era sólo comparable a la de las calzadas romanas.

El cuidado de los caminos era responsabilidad de los *ayllus* asentados en los lugares por donde pasaban, y su *curacas* eran los encargados de vigilar su buen estado. El trazado y la construcción de puentes que dieran continuidad a los caminos fue objeto, igualmente, de una especial atención por parte de los ingenieros incas, que supieron adaptar su técnica a las diferentes condiciones topográficas del territorio sobre el que trabajaban. El verdadero alarde de la técnica incaica fue la construcción de los majestuosos puentes colgantes, que volaban literalmente sobre los cañones profundos y anchos de los grandes ríos. Aunque con materiales diferentes (gruesos cables de acero), el mismo principio de construcción sigue siendo utilizado en la sierra peruana para unir las riberas de los ríos Vilcanota, Urubamba o Apurimac, como complemento de veredas que no prestan servicio al tráfico rodado, sino simplemente al de peatones. El caminante actual puede sentir en ellos la misma sensación de balanceo que sobrecogía a los jinetes españoles del siglo XVI cuando se veían obligados a utilizar esos otros más ligeros y menos sólidos que desafiaban al viento y el espacio en trazados más audaces por su longitud y la altura a que se elevaban sobre los cauces de los ríos. Su seguridad requería la presencia constante de un vigilante que, además de supervisar su buen estado, controlaba el paso de viajeros, a los que exigía un pontazgo o pago de peaje, según observaron los conquistadores españoles, que debía ser hecho efectivo con parte de la carga que transportaran.

Posiblemente se tratara de un simple modo de controlar las movilizaciones de una población sujeta a normas estrictas en cuanto a su falta de libertad para trasladarse de un lugar a otro.

La religión

El de los incas fue un pueblo profundamente religioso. La vida toda del hombre, como individuo y como componente de su *ayllu* estaba regida y condicionada por la presencia constante de fuerzas y seres sobrenaturales, a cuya influencia era difícil sustraerse, y cuya benevolencia era preciso conseguir mediante la práctica constante de ritos y ofrendas. Pero en el marco de la vida espiritual, como en el de la material, se advierte claramente las características que informaron ésta en el tiempo del Imperio: por un lado, la existencia de una fuerte tradición preincaica tolerada e incluso absorbida por los señores del Cuzco, y por otro, una clara diferenciación entre la religión de las élites y la del pueblo; es decir, entre esa tradición, respetada por los conquistadores, y una religión oficial, utilizada como un factor más, importante y decisivo, de la unidad del Imperio. Sin embargo, hay que destacar que la base de toda la ideología religiosa de las élites, elaborada por los *amautas* hasta la categoría de una verdadera teología, fue la creencia general en toda el área andina y en épocas remotas en la existencia de una divinidad creadora, un Ser Supremo, que con distintos nombres, pero con las mismas características aparece como centro de los mitos de creación en diversos lugares desde el altiplano a la costa y desde el Titicaca al Ecuador.

La divinidad creadora del área del Cuzco es Viracocha, que, procedente del lago Titicaca, del que emerge después de haber creado el cielo y la tierra, procede a la creación sucesiva de dos humanidades, la primera de las cuales fue destruida por él mismo y convertida en piedras, con las que labra los modelos de la segunda humanidad. Después se dirige hacia el Norte, al Cuzco, y, tras organizar y ordenar el mundo, actuando como héroe civilizador, continúa su marcha hacia el Norte, pero dirigiéndose a la costa, hasta desaparecer en el mar siguiendo el camino del Sol, y prometiendo su regreso. Viracocha es un dios celeste, creador y fertilizador, relacionado con el mar y el agua. Su nombre es significativo: espuma de la mar, o espuma del agua. Aparece con atributos solares, pero no es el Sol, ni su culto tiene las características del culto solar.

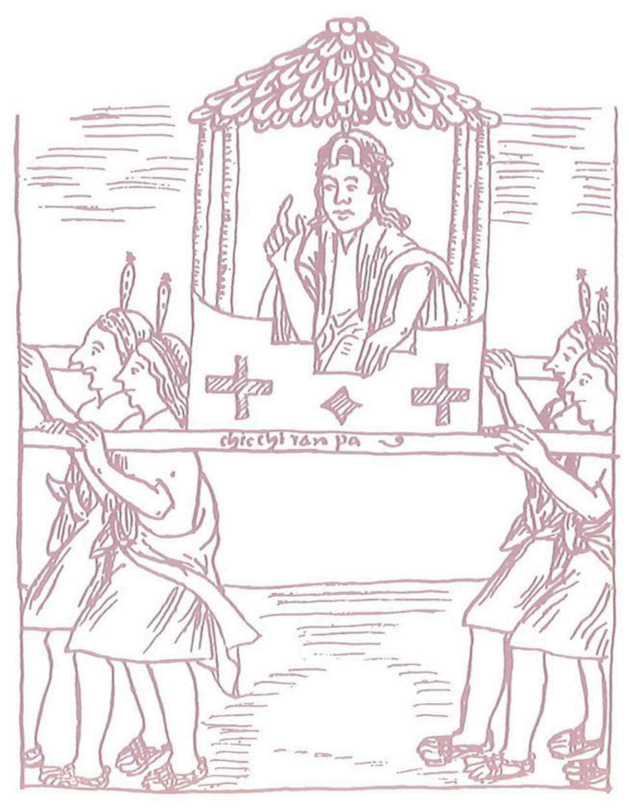
El Sol, como divinidad del Estado incaico, es de una aparición más tardía. Se ha dicho que Viracocha fue la divinidad de las élites y que su culto fue solamente organizado y establecido en la Corte por un sacerdocio de alta jerarquía, y que el Sol fue la divinidad del pueblo. Sin embargo, modernas investigaciones llevadas a cabo por el profesor Franklin Pease han permitido establecer que el culto solar perteneció, como el de Viracocha, al que relegó a un segundo plano, a las élites imperiales y que fue impuesto oficialmente a todo el Imperio, como eje de un nuevo orden religioso después del reinado de Pachacuti. Para subrayar la importancia de la aparición de un orden nuevo y diferente en el Incario, Pachacuti se vale del culto solar, que oficializa con la magnificencia de que dota al templo existente en el Cuzco dedicado al Sol. El *Coricancha* fue el recinto de oro, revestido y decorado con planchas y objetos de este metal, considerado como uno de los atributos de la divinidad. El prestigio del culto solar, y su

vinculación con la dinastía de los incas, son, pues, consecuencia de una victoria política, y este carácter político fue la causa de que, a pesar del respaldo oficial y de la poderosa organización que lo mantuvo con generosas dotaciones económicas en edificios, tierras, rebaños y servicios, desapareciera rápidamente después de la caída del Imperio.

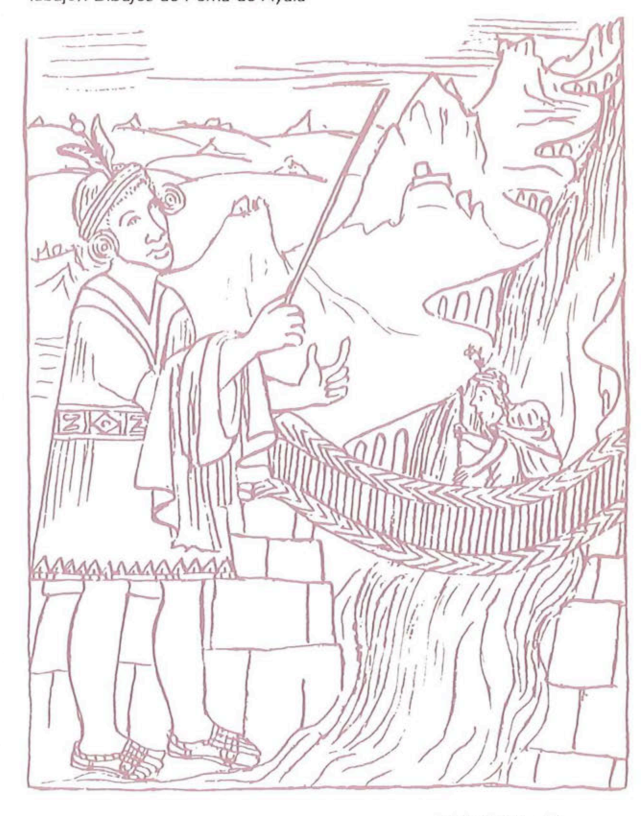
Junto a estas divinidades superiores, Viracocha y el Sol, otras de carácter celeste y vinculadas a ellas ocupaban un lugar importante en el panteón inca.

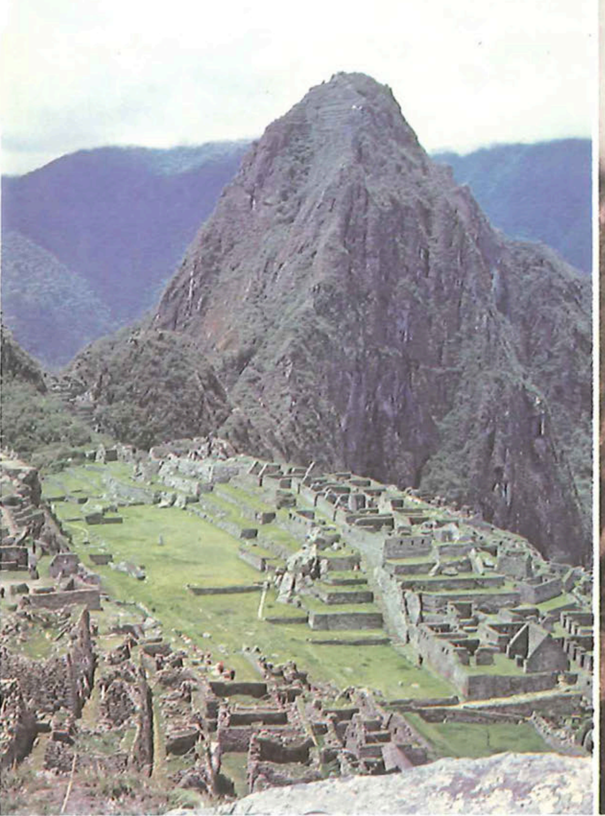
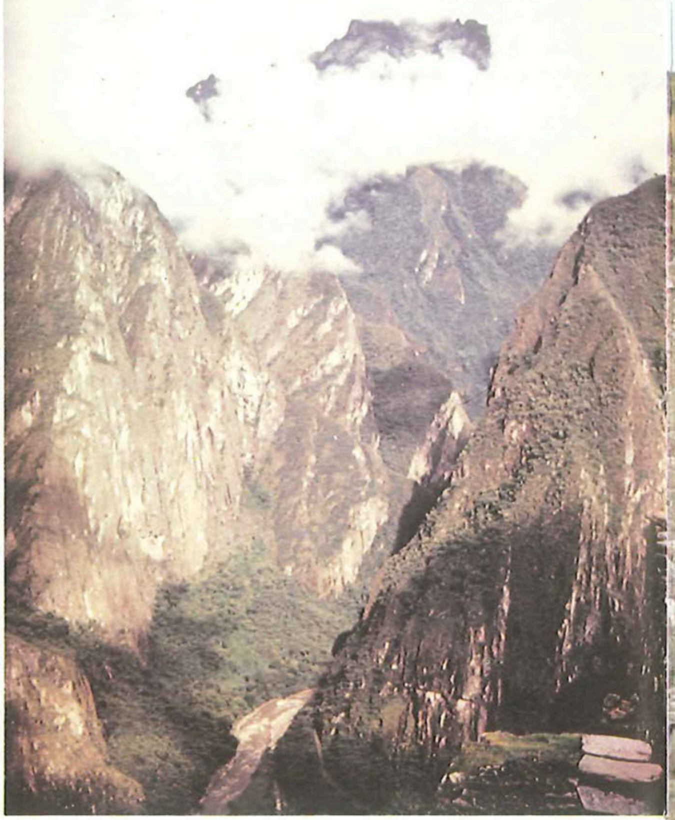
Pero el pueblo estaba inmerso en una serie de ritos y ceremonias, expresión de su sentimiento religioso, más orientadas hacia el culto de divinidades regionales, locales, familiares y aun personales de carácter naturalista o animista, a las que no se sustraía ni la misma casta de los Incas. Estas prácticas fueron las que sobrevivieron y las que aún hoy subsisten, aunque modificadas, entre el campesinado andino actual. El culto a las *huaca*, objetos o lugares sagrados, representaba la más importante manifestación de la religiosidad de los incas. Una *huaca* era cualquier objeto, ser o fenómeno de la naturaleza que ofreciera características consideradas como sobrenaturales por su aspecto inhabitual: una roca o montaña, una piedra de forma extraña, una planta o un ser vivo, animal o humano, que ofreciera alguna anormalidad, era *huaca*. El cuerpo de un antepasado, el *mallqui*, lo era igualmente, así como la representación en piedra de ese antepasado, en el caso de que fuera supuesto, y no real. También tenía este carácter sagrado el lugar en el que se rendía culto a las *huacas* «transportables»; o las *pacarina*, lugar de donde se creía que había surgido un antepasado, o un grupo, desde las entrañas de la tierra.

Las ceremonias del culto oficial requerían, además de ricas ofrendas, sacrificios numerosos de llamas y, en ocasiones excepcionales, de seres humanos, jóvenes y niños. Las ceremonias oficiales, que se celebraban de manera sincrónica en todo el Imperio, eran las que marcaban los ciclos agrícolas determinados por los equinoccios y solsticios, pero que tenían lugar, con diferente duración, cada mes. Un ceremonial complejísimo se seguía para las más importantes, entre las que destacaba la del *Inti Raymi*, o gran Pascua del Sol, que se celebraba con motivo del solsticio de junio. Con muy remotas resonancias incaicas, y aun sin su contenido original, la fiesta del *Inti Raymi* sigue convocando en la actualidad, cada año, en la magnífica explanada que se extiende a los pies de la imponente fortaleza de Sacsahuaman, en el Cuzco, a los campesinos de toda la región, constituyendo un atractivo más para turistas del mundo entero, que en número creciente se sienten atraídos por conocer los vestigios del impresionante mundo de los incas.



El Inca transportado en andas por sus servidores (arriba). *Figura de un ingeniero constructor de un puente colgante sobre un río* (abajo). *Dibujos de Poma de Ayala*



Los incas de Vilcabamba

Por Luis de Usera Mata
Colaborador de Investigación. Universidad Complutense de Madrid

EN sus *Comentarios Reales* cuenta el inca Garcilaso de la Vega cómo sus parientes indígenas, reunidos en la casa materna del Cuzco, narraban los acontecimientos extraños y premonitorios que anunciaron la destrucción del Imperio antes de que los españoles pusieran pie en las costas del Tahuantinsuyu. Una de aquellas historias describe cómo, durante el reinado de Huayna Capac, el último gran inca, la Corte cuzqueña presenció un espectáculo sobrecogedor. Sobre el cielo apareció un águila huyendo aterrada de un grupo de halcones que la hostigaban. Después de algunos intentos por eludir el ataque fue herida por picos y garras y cayó muerta a los pies del propio emperador. Algunos años más tarde, muerto ya Huayna Capac, y el Imperio debilitado por las luchas entre sus dos hijos, Huascar y Atahualpa, Pizarro desembarcaba en Tumbes con un grupo de españoles, convirtiéndose en el principal protagonista de la profecía.

Es bien conocida la historia de cómo Pizarro, en un gesto de audacia, capturó a Atahualpa, virtual vencedor de la contienda civil, quien, desde su prisión, dio orden de matar a su hermano, al que mantenía prisionero en Cuzco, tratando de evitar con ello una posible alianza entre éste y los castellanos; Atahualpa fue acusado de fratricidio y usurpación y, después de un grotesco proceso, ejecutado en Cajamarca.

A partir de ese momento, las armas españolas no encuentran resistencia, y en noviembre de 1533 llega Pizarro a las puertas del Cuzco, donde es recibido por Manco Inca Yupanqui, nuevo gobernante elegido por la nobleza como emperador. La actitud de los conquistadores va tornándose más agresiva y pronto, pretextando sospechas de insurrección armada, encarcelan al inca, que debe pagar un cuantioso rescate para recobrar la libertad. Las humillaciones infringidas a Manco y a la familia real se suceden ininterrumpidamente, hasta que éste, en abril de 1536, y ayudado por Villaoma, el sumo sacerdote del Sol, consigue escapar del Cuzco para encabezar una sublevación indígena de grandes proporciones que estuvo

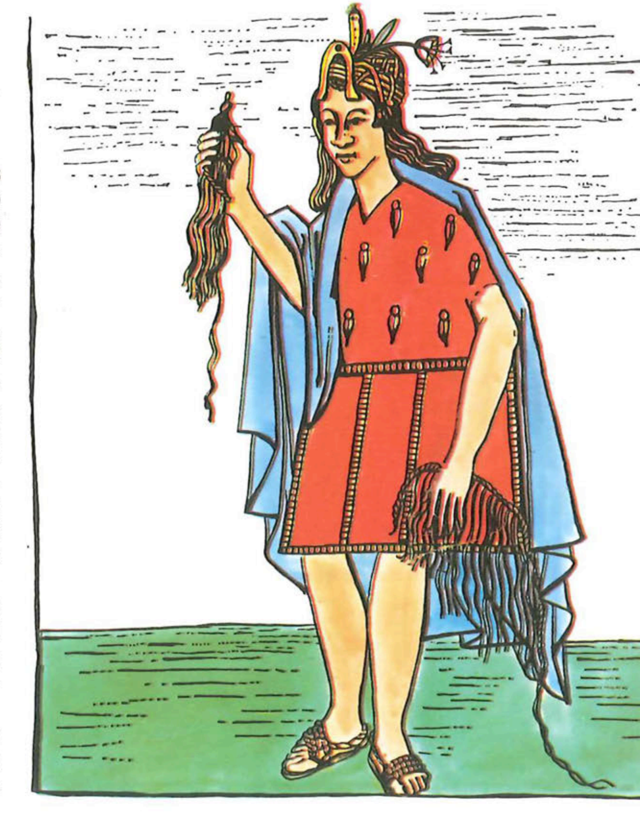
Vista de Macchu Picchu

Cañón del Urubamba

El Intihuatana

a punto de derrotar a las escasas fuerzas españolas dirigidas por Hernando, Gonzalo y Juan Pizarro. Francisco Pizarro, que se encontraba en Lima, envió varias expediciones militares en ayuda de sus hermanos, pero todas fueron aniquiladas antes de alcanzar su objetivo. Por último, Manco Inca, enterado de la inminente llegada a Lima de los refuerzos solicitados por Pizarro, decidió, sin haber consumado la conquista de Cuzco, enviar sus ejércitos hacia la costa en un intento por tomar la ciudad y acabar así con el más importante establecimiento español. La batalla de Atocongo determinó la derrota de las huestes incaicas, que se retiraron a la sierra hostigadas por el capitán Alonso de Alvarado, quien, al mando de un bien armado grupo de 850 hombres, mantuvo una sangrienta campaña de cuatro meses, al final de la cual el dominio español sobre la sierra central quedó firme y definitivamente establecido.

Temiendo su inevitable captura, Manco Inca, acompañado de su familia, capitanes y el resto del Ejército, se internó en el valle



Funcionario inca, según Poma de Ayala

del Vilcanota; cruzó el elevado paso de Panticalla y, descendiendo por el valle del Vilcabamba (uno de los afluentes del Urubamba), se estableció en un lugar denominado Vitcos o Viticos, donde creó una pequeña Corte. Desde allí inició una actividad guerrillera que entorpeció hasta tal punto las comunicaciones entre Lima y Cuzco que, fracasadas dos expediciones de castigo enviadas por Francisco Pizarro, vióse éste obligado a fundar la ciudad de Ayacucho, con el propósito de garantizar la seguridad de los viajeros y mercaderes que transitaban entre las dos ciudades.

En el año 1545, Manco Inca Yupanqui moría asesinado a manos de un grupo de soldados almagristas a quienes había dado asilo en su refugio de Vilcabamba, después que la facción de aquéllos fuese derrotada por los pizarristas. Le sustituyó en el trono su hijo Sayri Tupac, quien, después de algunos años, y gracias a las gestiones y gran habilidad política del tercer virrey del Perú, don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, abandonó su refugio andino en 1555 acompañado de una parte de la nobleza. El acontecimiento tuvo amplia resonancia y fue acompañado de grandes ceremonias, en el curso de las cuales Sayri Tupac juró fidelidad a la Corona de España y a cambio fue investido por el virrey con la *mascapaicha*, símbolo de la soberanía incaica. Casado con una princesa y convertido al cristianismo, murió en el año 1560 en el valle de Yucay rodeado de un fausto evocador de la antigua grandeza imperial.

Fracaso misionero

Cuando la noticia llegó a Vitcos, aquel sector de la nobleza, fiel a las viejas tradiciones y que siempre había sospechado de las intenciones españolas, interpretó que el joven inca había muerto envenenado. La reacción no se hizo esperar y ese mismo año, Tito Cusi Yupanqui, hijo natural de Manco Inca, ciñó los emblemas reales, rebelándose contra la Corona y sus representantes. La política de Tito Cusi durante los años que duró su reinado fue contradictoria. Consciente del poder de las fuerzas españolas trató siempre de evitar confrontaciones directas, tolerando la visita a los territorios bajo su dominio de algunos enviados del virrey, que trataron de convencerle para que abandonase su actitud y se convirtiera al cristianismo. Por fin, en el año 1568 aceptó ser bautizado por Juan de Vivero, prior de la Orden de San Agustín, quien designó al fraile fray Marcos García para que permaneciese cerca del inca, inculcándole las enseñanzas de Cristo, y llevase a cabo una labor misionera entre los indígenas del lugar, tarea a la que se incorporó algún tiempo más tarde otro fraile agustino llamado fray Diego Ortiz.

Al parecer, Tito Cusi llegó a tomar gran afecto a los dos frailes, si bien nunca consintió su entrada en Vitcos, la ciudad-santuario, capital del exiguo Imperio, tratando de evitar, probablemente, que se descubriese lo que, por otra parte, resultaba patente: la permanencia de los viejos cultos solares y la evidencia de su falsa conversión a las nuevas doctrinas. Dictó a fray Marcos una carta en forma de Crónica dirigida a Felipe II en la que argumenta sus derechos al gobierno y hace una breve descripción de la conquista española, realzando la bondadosa actitud de su padre Manco Inca (verdadero protagonista de la Crónica) frente a la crueldad de los hermanos Pizarro.

Sin embargo, la actitud de los frailes fue cambiando con el tiempo al descubrir el engaño del que habían sido víctimas, especialmente la de fray Marcos, cuyo fanatismo le condujo a criticar severamente las costumbres paganas del inca y sus caciques, llegando incluso en compañía de fray Diego y de algunos indios conversos a incendiar un templo del Sol, que, según cuenta el padre Calancha, estaba cercano a una gran «roca blanca sobre una fuente de agua». Esta actitud provocó las iras de la nobleza y determinó la expulsión de fray Marcos del territorio, si bien Tito Cusi decidió retener a fray Diego y aprovechar sus conocimientos médicos. En 1571 moría el inca como consecuencia de una pulmonía y fray Diego, que había fracasado en sus intentos curativos, fue ajusticiado.

Tupac Amaru

Mientras se desarrollaban estos acontecimientos, había llegado al Perú el virrey Francisco de Toledo. Hombre enérgico y de pocos escrúpulos, disponía de poderes expresos otorgados por Felipe II para acabar con el último foco de resistencia indígena en los Andes. En 1571 envió un mensaje a Tito Cusi Yupanqui, conminándole a optar entre la sumisión definitiva a la Corona con el consiguiente abandono de su refugio, o la guerra. Por supuesto, el virrey ignoraba la muerte del inca y el nombramiento como sucesor del hermano de éste, Tupac Amaru, con el que parecía iniciarse una nueva etapa de hostilidad hacia los españoles.

La noticia del cambio llegó al Cuzco al mismo tiempo que la de las muertes de fray Diego y del enviado del virrey en una emboscada. La reacción fue inmediata. Una compañía al mando del capitán Martín García de Loyola partió de Cuzco y, siguiendo el valle del Urubamba, remontaron la cor-

dillera por el paso de Panticalla, alcanzando el valle de Vilcabamba sin encontrar gran resistencia. En Huaynapucara tuvieron el primer encuentro bélico de importancia con los ejércitos del inca. La batalla resultó favorable a los españoles, pero Tupac Amaru había huido. Siguiendo sus pasos descendieron al valle de Pampaconas, internándose en la selva entre la hostilidad de los grupos indígenas y superando las inmensas dificultades que la región ofrecía.

Por fin, Tupac Amaru, temeroso de penetrar más profundamente en una región que desconocía, decidió entregarse al capitán español y fue conducido al Cuzco, donde el virrey Toledo, indiferente ante las peticiones de clemencia de algunos grupos de españoles, condenó al inca a muerte. La sentencia fue ejecutada en mayo de 1572 ante una multitud de indios, cuyos aullidos de dolor, al ver cómo la cabeza de su señor era macabramente exhibida por el verdugo, hicieron estremecer los muros de la ciudad.

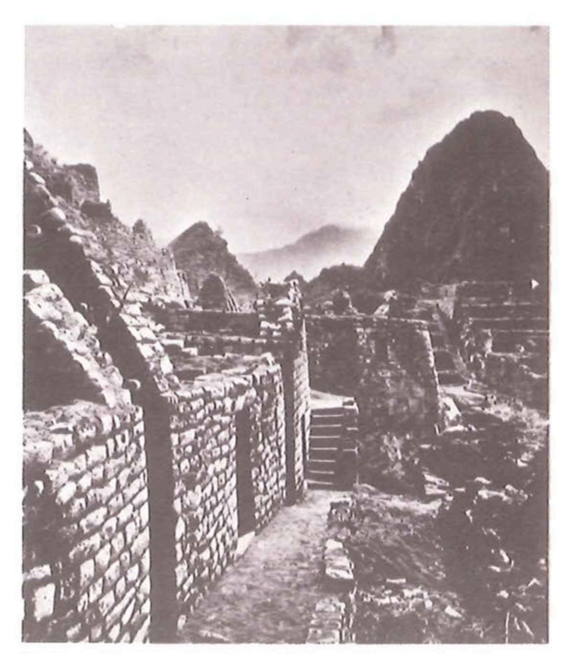
Con Tupac Amaru desaparece la dinastía incaica y la esperanza, mantenida durante casi cuarenta años, de revivir las viejas glorias imperiales. La región de Vilcabamba fue abandonada y la selva volvió a recuperar el terreno que le había sido arrebatado. Cayeron los puentes, desaparecieron los caminos y la vegetación cubrió el marchito esplendor de ciudades y fortalezas.

En febrero de 1909, el senador y profesor norteamericano Hiram Bingham, después de asistir al Primer Congreso Científico Panamericano celebrado en Chile, decidió realizar un viaje por los Andes peruanos con el propósito de descubrir la última capital de los incas, cuya ubicación, según establecían las crónicas españolas, podía situarse en algún lugar de la cordillera de Vilcabamba.

La tenacidad de Bingham

Acompañado de su amigo Clarence L. Hay salió del Cuzco a lomo de mula con destino a Abancay para, siguiendo los consejos del prefecto de esta ciudad, explorar el sitio de Choquequirau, lugar en que las tradiciones locales fijaban la residencia de los cuatro últimos incas. Superadas las dificultades impuestas por el carácter agreste de la región, y las lluvias pertinaces que durante esa época dificultan las comunicaciones, alcanzaron las ruinas de una ciudad.

Construida sobre las cumbres que dominan la quebrada del río Apurimac, la extensión del área ocupada por los restos arquitectónicos parecía indicar que se trataba de una población de cierta importancia, si bien el carácter tosco de las construcciones convenció a Bingham de que no se encontraba en la capital de Manco Inca.



Terrazas del grupo central de edificios de Macchu Picchu

Decidido a lograr sus propósitos, y después de estudiar los documentos españoles de la época, especialmente la *Crónica moralizada del Orden de San Agustín en el Perú*, de Antonio Calancha; la *Descripción y sucesos históricos de la provincia de Vilcabamba*, del capitán Baltasar de Ocampo, buscador de oro en la región; y la crónica de la visita hecha a Tito Cusi, por don Diego Rodríguez de Figueroa, enviado del marqués de Cañete, organizó Bingham la expedición peruana de la Universidad de Yale.

Llegaron a Perú en junio de 1911, trasladándose inmediatamente a Cuzco, donde iniciaron una serie de pesquisas para recabar noticias acerca de los lugares señalados en las Crónicas. Los resultados no fueron muy alentadores, consistiendo la mayoría de las veces en vagas descripciones de ruinas avistadas por pastores o campesinos de la región en la cima de los cerros.

En julio abandonaron Cuzco con una recua de mulas, dirigiéndose al valle del Urubamba. Dejaron atrás la célebre fortaleza de Ollantaytambo y siguieron por el camino que hacía pocos años había construido el gobierno peruano para evitar las dificultades que implicaba el paso de las dos antiguas rutas que conducían a la parte baja del valle. La primera de ellas se desviaba a la derecha y atravesaba el elevado paso de Panticalla, mientras que la segunda cruzaba entre los montes Salcantay (6.182 m.) y Soray (6.320 metros). Ambas resultaban extremadamente peligrosas, especialmente en la época de lluvias.

A lo largo del camino hasta Torontoy, lugar donde comienza el cañón del Urubamba,

avistaron varias ruinas de ciudades y aldeas, así como algunos conjuntos de andenerías (terrazas) destinadas al cultivo, pero ninguno de estos restos parecían lo suficientemente importantes. Seis días después de su salida de Cuzco, Bingham y sus colaboradores llegaron a una pequeña planicie cerca del río, conocida por Mandorpampa. Como empezaba a anochecer decidieron establecer su campamento y pernoctar en el lugar, a pesar de las miradas suspicaces del arrendatario del terreno, un indio llamado Melchor Arteaga. Siguiendo su costumbre, y valiéndose como intérprete del sargento Carrasco, uno de los miembros de la escolta armada que acompañaba a los expedicionarios, interrogó al indio sobre la existencia de ruinas en las proximidades, a lo que el indígena respondió afirmativamente y, señalando hacia las alturas vecinas, mencionó los nombres de Machu Picchu y Huayna Picchu.

El día siguiente, 24 de abril, amaneció lluvioso y frío. Arteaga no parecía dispuesto a abandonar el calor de su choza y servir de guía a aquellos curiosos extranjeros, hasta que una generosa oferta económica eliminó sus escrúpulos. Como los restantes miembros de la expedición tampoco parecían entusiasmados con la ascensión, sospechando que se trataba de restos sin importancia, Bingham decidió emprender la marcha en solitario acompañado únicamente por el indio y el sargento Carrasco. Caminaron durante tres cuartos de hora, hasta llegar a la orilla del río donde un puentecillo, formado por unos cuantos troncos amarrados con lianas que se balanceaba peligrosamente sobre las aguas, les permitió el paso a la otra ribera. Allí les esperaba una zona de densa vegetación, seguida de una pared casi vertical, cubierta de bosque e interrumpida de vez en cuando por pastizales resbaladizos que dificultaban la ascensión. Hacia el mediodía, agotados de cansancio y sin haber encontrado el más mínimo vestigio de construcciones incaicas, llegaron a una pequeña planicie donde, ante su sorpresa, descubrieron una choza indígena en la que vivían unos cuantos indios, quienes, una vez recuperados de la impresión producida por tan inesperada visita, proporcionaron agua y alimento a los viajeros.

El descubrimiento

Repuesto de su fatiga, Bingham decidió continuar la exploración, guiado esta vez por un niño indígena y seguido por el sargento. Nada más abandonar la choza, pudo ver una serie de antiguas andenerías que habían sido liberadas de maleza y puestas en explotación por los nuevos propietarios. Pero este descubrimiento no sirvió para infundirle nuevas esperanzas. Por fin cerca ya de la cumbre, comenzó a distinguir semiocultos por la vegetación los restos de algunos muros. Avanzando con enormes dificultades, debido a la densa vegetación, y utilizando las lianas para escalar las paredes de las andenerías, llegaron hasta una especie de cueva sobre la que se levantaba un edificio semicircular construido en granito blanco, cuya manufactura recordaba claramente el famoso Coricancha o Templo del Sol de Cuzco. Más adelante, sobre una colina, descubrió tres edificios de sólo tres muros, construidos con grandes sillares de piedra finamente tallada y dispuestos en forma de «U» frente a una pequeña explanada. El inventario de hallazgos fue enriqueciéndose durante ese día y los que siguieron, pero la *gran roca blanca sobre una corriente de agua* que menciona la *Crónica de Calancha* como próxima a Vitcos no fue encontrada, lo que decidió a Bingham a continuar la búsqueda.

Cruzando el Urubamba y pasando por la desembocadura del Lucumayo y el camino de Panticalla, llegaron a la ciudad de Santa Ana y desde allí, siguiendo la ruta que bordea el río Vilcabamba, alcanzaron Lucma, en cuyas cercanías visitaron algunas ruinas incaicas de poca importancia, si bien el gobernador de esta ciudad les habló de la existencia de construcciones en un monte situado valle abajo conocido como Rosaspata. Al día siguiente llegaron a las faldas del cerro, junto a los mal conservados restos de una fortaleza llamada Urcopampa.

La ascensión implicó ciertas dificultades, pero en el curso de la misma, Bingham pudo comprobar la existencia de las numerosas andenerías que rodeaban la colina y, ya en la cima, la presencia de casas y de una plaza frente a la que se conservaban los muros de un palacio de grandes dimensiones, con dinteles finamente trabajados en granito blanco. La situación del lugar «sobre una alta montaña cuya vista domina gran parte de la provincia de Vilcabamba», y la existencia de «un edificio elegante y majestuoso... (en el que)... todos los dinteles de las puertas, tanto la principal como de las comunes, están elaboradamente tallados en mármol», hizo pensar a Bingham en la posibilidad de que Rosapata fuese el Vitcos descrito por el capitán Baltasar de Ocampo. Por otra parte, cerca del cerro existía una aldea llamada Puquiura, y según el cronista Calancha, de un lugar con el mismo nombre partieron fray Marcos y fray Diego para destruir el Templo del Sol, situado cerca de Vitcos, en un lugar denominado Chuquipalpa. Para que la identificación del sitio fuese total faltaba descubrir el adoratorio con «la piedra blanca sobre una corriente de agua». El hallazgo no se hizo esperar; el 9 de agosto de 1911, en la vecindad de Chuquipalta, y cerca del

Vista parcial de las actuales ruinas de Macchu Picchu

Plaza ceremonial, Macchu Picchu

río Huadquiña, los guías indígenas mostraron a Bingham una gran roca blanca inclinada sobre un manantial, en cuya base se habían labrado una serie de clavos cuadrangulares. Bajo los árboles cercanos podían verse los restos de un templo incaico.

Bingham continuó todavía sus exploraciones, llegando hasta el río Pampaconas, donde reconoció las ruinas incaicas de Espiritupampa en las proximidades de la selva y de las que pensó que podrían haber sido residencia ocasional de los últimos incas, y el lugar de donde partiera Tupac Amaru huyendo de la persecución del capitán García de Loyola.

En 1912, Hiram Bingham regresó al Perú al frente de una nueva misión científica creada bajo los auspicios de la Universidad de Yale y la National Geographic Society de Washington. Su propósito era estudiar de forma sistemática Machu Picchu, así como las localidades próximas. Como resultado de estas investigaciones y de los trabajos de exploración realizados durante el año anterior, Bingham llegó a la conclusión de que durante el reinado de los últimos incas existieron en la región de Vilcabamba dos centros singularmente importantes, aunque con funciones diversas. En Rosaspata, el Vitcos de las «Crónicas», residiría el poder político-militar del Imperio, mientras que Machu Picchu sería el centro religioso en el que, según el padre Calancha, «estaba la Universidad de la idolatría y los catedráticos hechiceros, maestros de las abominaciones».

Macchu Picchu

Construida sobre la estrecha faja de terreno que une los cerros Machu Picchu (Cerro Viejo) y Huayna Picchu (Cerro Joven) a una altura próxima a los 2.700 metros sobre el nivel del mar, y rodeada en sus tres cuartas partes por un cañón de 600 metros de profundidad por el que fluye ruidoso el Urubamba, la ciudadela de Machu Picchu se encuentra situada en una zona conocida tradicionalmente en Perú como Ceja de Montaña, nombre con el que se designa genéricamente a la vertiente oriental de la cordillera Andina.

La región posee características ecológicas singulares, pues si bien su altura máxima sobre el nivel del mar puede establecerse en unos 3.000 metros aproximadamente, el hecho de estar sometida a las influencias del clima atlántico hace que la temperatura alcance máximas diurnas superiores a los 30º C, si bien, durante la noche, puede llegar a descender hasta los 8º C. Por otra parte, la condensación provocada al entrar en contacto las nubes con las zonas montañosas, más altas y frías, da lugar a frecuentes precipitaciones pluviales, que llegan a alcanzar en esta zona niveles superiores a los registros en la selva que se extiende a los pies de la cordillera. El efecto combinado de altas temperaturas y elevados índices de humedad da origen a una vegetación típica de zonas tropicales, que constituye una antesala de carácter montañoso a las grandes extensiones boscosas de la selva amazónica.

Ignoramos aún la fecha en que Machu Picchu fue construida. Sin embargo, el estilo de su arquitectura, la forma en que fueron trabajados los sillares de piedra con los que se levantaron los muros de los edificios y los restos cerámicos y textiles, así como los objetos metálicos o líticos que han sido hallados dentro de los límites del recinto, demuestran inequívocamente su vinculación con el mundo ideológico y técnico del pueblo incaico y constituye una prueba más de la capacidad de los arquitectos cuzqueños para adaptarse a la topografía de cada lugar y obtener resultados óptimos en condiciones hostiles. Mediante el uso de un amplio sistema de terrazas se ampliaron las posibilidades agrícolas y urbanas del sector, mientras que, simultáneamente, una compleja red de canales y represas permitía la distribución del agua precisa para los cultivos y conducía a los lugares de habitación la necesaria para el consumo humano.

La seguridad de los habitantes quedaba garantizada por la propia configuración del terreno. Rodeada en sus lados Norte, Este y Oeste por el Cañón del Urubamba, que con sus precipicios de varios centenares de metros constituye una defensa natural insalvable, sólo el lado Sur permitía el acceso al núcleo urbano y, por ello, fue protegido con dos murallas separadas entre sí unos 150 metros. Entre ellas aparecen dispuestas varias filas de andenerías que, además de su evidente destino agrícola, cumplirían una función defensiva, al entorpecer la marcha de los posibles atacantes. En el extremo Sudoeste de la segunda muralla, una puerta de piedra de vano trapezoidal, bien defendida, constituye el único paso natural al interior de la población. De esta puerta parte el camino que comunicaba Machu Picchu con Ollantaytambo, a través de una serie de poblaciones y fortalezas situadas en las alturas que bordean la margen izquierda del Urubamba.

El conjunto de las ruinas de Machu Picchu puede dividirse en dos sectores claramente diferenciados en sus funciones, a los que denominaremos agrícola y urbano. El primero está situado al Sur y limitado por las dos murallas mencionadas anteriormente. Se compone de un amplio grupo de andenerías destinadas a la producción de alimentos. El sector urbano puede, a su vez, dividirse en dos subsectores, a los que denominaremos superior e inferior, separados por una de-

presión natural de forma alargada y de orientación Norte-Sur que cumplió seguramente la función de una plaza.

El subsector superior, situado al Oeste, muestra en su mitad septentrional una serie de conjuntos arquitectónicos que, por sus características, parecen haber sido destinados al culto. En su extremo Norte, y sobre una colina artificial formada por terrazas superpuestas, se levanta el Intihuatama, piedra monolítica tallada en forma de prisma trapezoidal a la que los sacerdotes del Sol «anudaban» el astro en el curso de una ceremonia que se repetía anualmente. Al Sur se encuentran una serie de edificaciones construidas sobre terrazas que llegan hasta la muralla. La finura en el trabajo de cantería y la dimensión de las habitaciones, así como el hecho de ocupar el sector más elevado de la ciudadela, pueden indicar que se trata de viviendas con destino a personajes de alto rango.

El subsector inferior, que cierra el extremo oriental de la plaza, está formado por una serie de edificios agrupados en barrios que parecen haber sido lugares de residencia, si bien el acabado menos cuidado de los muros, hace suponer que fue habitado por familias de un *status* inferior al de aquellas que ocuparon las viviendas del subsector superior.

En el extremo norte de la plaza un angosto sendero conduce hacia el Huayna Picchu, inmenso pico de difícil acceso, en cuya cumbre aparecen restos de terrazas y algunas construcciones en ruinas.

Las vírgenes del sol

¿Qué función cumplió Machu Picchu dentro del mundo incaico? La pregunta aún no ha encontrado una respuesta definitiva. Algunos, como Bingham, consideran que se trata de un centro religioso habitado por las *acllas* —Vírgenes del Sol— huidas con Manco al fracasar el levantamiento armado de 1536. La presencia de santuarios, y el hecho de que la mayoría de los restos óseos encontrados en las ruinas correspondan a mujeres, parece confirmar la hipótesis. Por otra parte, la «Crónica» del capitán Baltasar de Ocampo habla también de que al tomar Tito Cusi la *mascapaicha* real envió a su hermano menor, Tupac Amaru, probable heredero legítimo al trono imperial, a la Casa del Sol, donde moraban «en un altísimo cerro las *acllas* con sus mamaconas y en donde había una plaza de suma grandeza y llanura en la superficie, y edificios suntuosísimos de gran majestad hechos con gran saber y arte, y todos los umbrales de las puertas, así principales como medianas, por estar así labradas, son de piedra mármol famosamente obradas».

A partir de 1940, el descubrimiento de lugares como Choquesuysuy, Intipata, Chuchubamba, Huiñahuayna, Phuyupatamarca, Sayacmarca, etc., situados en las proximidades del Urubamba, al sur de Machu Picchu, hizo pensar a los investigadores que todos aquellos emplazamientos constituían una cadena defensiva frente a las incursiones de los salvajes antis, habitantes de las selvas próximas.

Otros estudiosos han especulado con la posibilidad de que estas poblaciones, y las situadas más al interior, fuesen emplazamientos comerciales protegidos por destacamentos militares, cuya función era la de puestos avanzados dentro de una política de colonización de las remotas tierras del Antisuyu, a la vez que permitían a los habitantes de las tierras altas disponer de una serie de productos alimenticios y suntuarios que sólo se daban en las húmedas y cálidas regiones del Oriente.

Sea cual sea la respuesta, Machu Picchu, *La Ciudad Perdida de los Incas*, constituye un maravilloso ejemplo de cómo los artífices del Imperio, superando las dificultades del medio geográfico, pero en estrecho contacto con él, supieron crear uno de los ejemplos más hermosos de la arquitectura prehispánica.

Bibliografía

Ballesteros Gaibrois, M., *América precolombina*, en vol. I de *Historia de España y América social y económica*, Barcelona, Vicens Vives, 1974. Id. y Ulloa, J., *Indigenismo americano*, Madrid, 1961. Bauchot, *Las letras precolombinas*, México, Siglo XXI, 1976. Baudez, E., *América del Sur*, en *Archaelogia Mundi*, Barcelona, Juventud, 1976. Bauman, H., *Oro y dioses del Perú*, Barcelona, 1966. Bosch Gimpera, P., *La América prehispánica*, Barcelona, Ariel, 1965. Comes, J., *Antropología de los pueblos iberoamericanos*, Barcelona, Labor, Disselhof, H. D., *Las grandes civilizaciones de la América Antigua*, Barcelona, Destino, 1965. Grupo Sala Abierta, *Culturas indígenas americanas*, Barcelona, Salvat, 1981. Hernández Sánchez-Barba, M., *Historia de América*, vol. I, Madrid, Alhambra, 1981. Konetzke, *América Latina*, vol. I, Madrid, Siglo XXI, 1972. Levillier, R., *Los incas*, Sevilla, 1956. Llopis, J. J., *Aztecas, mayas e incas*, México, Daimón, 1980. Pericot, L., *Las altas culturas sudamericanas*, Barcelona, Salvat, 1972. Sánchez, L. A., *América precolombina. Descubrimientos y colonización*, Madrid, Edaf, 1975. Séjourné, L., *América Latina. Las antiguas culturas precolombinas*, Madrid, Siglo XXI, 1985. *Summa Artis*, vol. X, *América precolombina*, Madrid, Espasa-Calpe, 1946. Trimborn, H., *La América precolombina*, Madrid, 1965.